

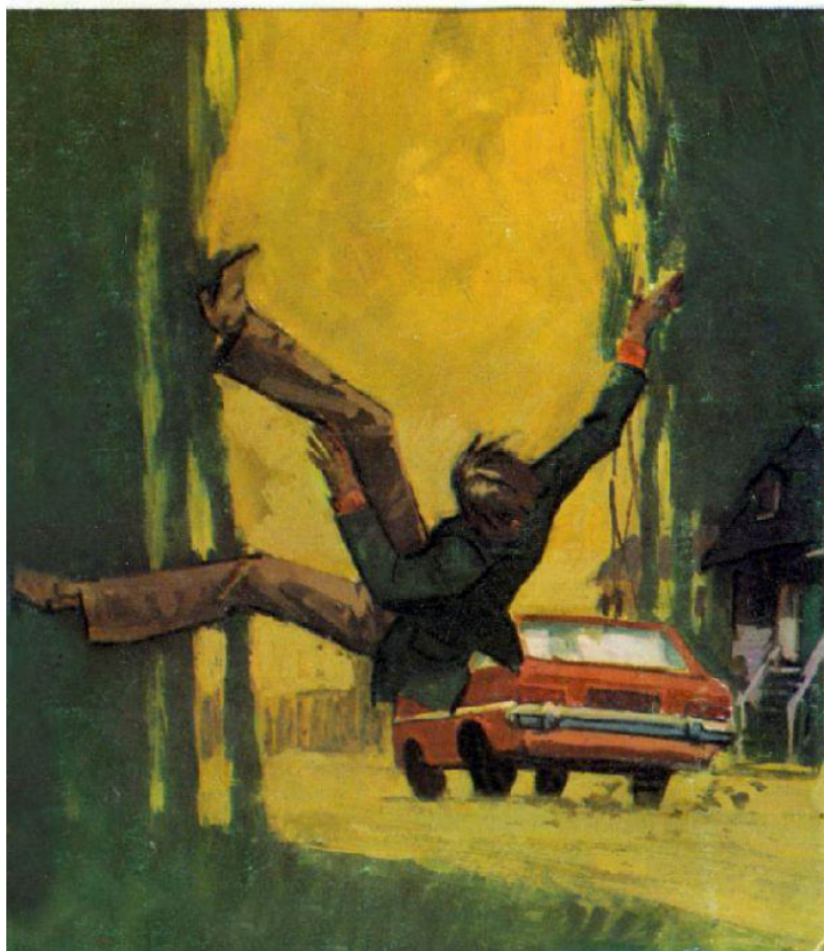
BOULEVARD BRUQUER

PUNTO

ROJO

**HA MUERTO
UN ASESINO**

Alf Regaldie



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



ALF REGALDIE

HA MUERTO UN ASESINO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 805
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 26.161 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: setiembre, 1977

© Alf Regaldie, 1977

texto



cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

La agencia de detectives para la cual trabajaba yo, en aquel momento llevaba el pomposo título de Argos. Sin embargo, yo la habría bautizado con el más real de la Tortuga Reumática, en honor a su jefe Allan Weyman, cuyo cuello y cabeza recordaban más a los de un viejo galápago gigante, que a los de un ser humano.

Era temprano cuando llegué a la puerta de la oficina, dispuesto a entrar.

A aquella hora no estaría aún el viejo Tortuga Reumática, al cual no le gustaba madrugar. Y sí estaría Evelyne Swanson, una rubia sensacional, escalofriante, único motivo que me mantenía haciendo algún trabajo para la ya mencionada agencia.

Apenas entrar, en la antesala, se hallaba Jimmy, un pecoso y pelirrojo muchacho, criado en el Bronx, y que decía de sí mismo que era aprendiz adelantado de detective.

Tan pronto me vio, se puso en pie y me saludó marcialmente, a la vez que sonreía picarescamente.

—Buenos días, señor Pat...

—Buenos días, Jimmy.

—El jefe no está.

—Mejor que mejor. Por eso he venido.

—Le cae gordo, ¿eh?

—Ese viejo galápago me cae pesado. Si no fuera por...

No necesité decir más. Jimmy comprendía. Y sonrió.

—¿Cree que si no fuese porque está ella, resistiría yo? —preguntó.

Sí, se refería a la explosiva Evelyne. Estaba enamorado de ella, y yo lo comprendía. No habría comprendido lo contrario. También el viejo Allan estaba enamorado de la rubia.

Tras una mirada de inteligencia entre los dos, empujé suavemente la puerta de comunicación.

Evelyne estaba subida en una escalera metálica, no muy alta, examinando una ficha, en una de las cajas metálicas que constituían el archivo de la agencia.

No la sorprendí. Y se volvió, sonriente, disponiéndose a saltar.

Ella tampoco me sorprendió a mí y, antes de que entrase en contacto con el suelo, ya estaba yo allí para recogerla en mis brazos.

Mido un metro ochenta y siete, contra el uno setenta de ella. Así es que quedó materialmente «colgada» en mis brazos, con su cabeza por encima de la mía.

Aspiré con fruición el perfume enervante que se desprendía de su cuerpo juvenil, pujante, hundiendo mi nariz por debajo de su barbilla.

Luego me besó en la frente, diciéndome con expresión de picardía:

—Hola, viejo. Gracias por tu ayuda, pero no creo que me hubiese roto un tobillo.

—No lo he hecho por salvarte...

—¿Entonces?

—Ha sido por salvarme yo. Estoy perdido y necesito encontrarme...

—Pues, que yo sepa, en mí no se ha perdido nada tuyo...

Como siempre, fue hábil para escurrirse de mis brazos y poner entre ella y yo el Impedimento de su mesa.

—¿Sabes que estás sensacional?

Lo dijimos a la vez los dos. Ella, remedándome.

Y luego añadió en tono agresivo:

—¿Es que no se te ocurre otra cosa? Eso rae lo has dicho ya muchas veces.

—Y, además, no soy el único.

—No eres el único.

—Hasta el viejo galápagos ése del jefe te lo dice.

—Sí, es un galápagos con paladar. Además, me paga un buen sueldo...

—Tú mereces más...

—Yo sí. Pero yo no me alquilo ni me vendo. El trabajo que hago aquí, está archibien pagado.

—Eres excepcional. Tal vez la única persona que reconoce tener

un sueldo por encima de sus merecimientos.

—No he dicho eso, y no trates de liarme con tus argucias. No pienso dejar la agencia hasta que no tenga otra cosa mejor.

—Y esa cosa mejor es el matrimonio, ¿es así?

—Puede que sí y puede que no —dijo con ambigua expresión.

Era la primera vez que decía algo así. Y reflejé el asombro que me produjo su expresión.

—He decidido vivir con independencia; por tanto, no quiero casarme. No quiero sujetarme a nadie. Y para ser independiente, hay que tener un buen empleo. Así que, como éste lo es, no pienso dejarlo hasta que me salga otro mejor.

Fue rotunda, y no me dio ocasión a que le pidiese explicaciones.

Así es que me limité a decir:

—Eso me gusta...

—Mejor... Y vamos a lo que importa. ¿Qué hay de nuevo? El cliente vendrá de fuera, uno de estos días, y hay que darle un informe concreto.

—Pues ya lo puedes ir confeccionando, con las notas que te he ido dando cada día. Esa mujer hace una vida intachable.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Mejor para ella.

—¿Por qué lo dices? —inquirí.

—El tal George Surrey no me gusta nada. Es correcto, educado, amable y hasta parece bondadoso. Pero no me fiaría de él. Es frío como un reptil, y calculador como un avaro...

Su expresión me hizo reír. Y ella me dijo seriamente:

—No te rías. A mí me da un poco de miedo.

—¿Piensas que sería capaz de matarla si le engañase?

—Sería capaz, aunque no puedo asegurarte que lo hiciera. Tal vez pretende saber si es culpable para tener un motivo para el divorcio.

—¿Piensas que puede estar enamorado de otra?

—No lo sé... Es tan impenetrable como frío...

Yo llevaba preparado un breve resumen de lo que había sido mi trabajo hasta la noche anterior, cuando me había retirado, tras llegar al convencimiento de que la esposa de nuestro cliente se había acostado, sin pensar en salir.

Con mi informe diario —el Viejo Galápagos era así de exigente— entregué la nota de los gastos realizados, que Evelyne me debía pagar, antes de reanudar mi tarea. Porque, en materia de pago, yo también era exigente.

Cobré. Y retuve entre las mías la mano derecha de la rubia.

Me disponía a invitarla a cenar aquella noche, para irnos a bailar luego, cuando la puerta se abrió de golpe, y el viejo Weyman entró bufando.

Había madrugado y aquello lo hacía más insoportable que de ordinario.

—¿Qué diablos hace aquí? —me preguntó, mirándome con sus ojillos turbios, de un color azul desvaído.

Ladeó la cabeza, estirando el cuello, para tener mayor semejanza con una tortuga. Y tanto la rubia como yo estuvimos a punto de explotar en carcajadas.

—Ya lo sé. Me disponía a invitar a cenar a Evelyne...

—Tiene trabajo. Esa mujer no es fiel a su marido, me lo huelo. Y usted no ha logrado nada...

—Si piensa eso, haberle puesto un buen sabueso. O haber ido a espiarla usted en persona. Yo soy un simple aficionado. Y no me gustan esa clase de trabajos...

La verdad es que me sentía fastidiado porque lo cierto es que no me gusta espiar a una mujer. Cada cual es libre de hacer lo que le plazca, de disponer de su propio cuerpo, ¿no? Al menos, mientras no produzca un daño a un tercero.

Si Ethel Surrey quería tener un amante, ¿a mí, qué? Que lo tuviese.

El viejo Weyman comprendió que yo estaba a punto de mandarlo a hacer gimnasia a los cuernos de la Irma.

Y sonrió, comenzando a decir:

—Tranquilo, Pat. Quiero que me comprenda.

—¿Qué debo comprender?

—Tengo la impresión de que nuestro cliente desea que su mujer resulte culpable de adulterio...

—No lo es. La he vigilado bien. Si usted piensa otra cosa, envíe a otro más capaz.

—No hay otro más capaz que usted para eso...

Había una doble intención en las palabras del viejo, el cual

prosiguió con el mayor cinismo:

—Si el cliente quiere que su mujer tenga un amante, ¿por qué no se lo inventa? ¿O por qué no lo es usted mismo? Pienso que ella bien merece ese «sacrificio». Y no creo que le haga ascos a usted. Si fuese yo, otra cosa sería...

Se miró a sí mismo con lástima, buscando hacerme reír, y que desapareciera mi enfado, ante la insólita proposición que me había planteado.

Me costó trabajo volver a hablar. Al fin, comencé a preguntar:

—¿Que yo...?

La expresión de Evelynne cortó mi pregunta. Ella deseaba que yo trabajase, que ganase dinero; porque, a pesar de lo que había dicho, pretendía casarse. Y el víctima elegido era yo.

—Piénselo bien, muchacho. En fin, si esa mujer lleva una conducta intachable, le pasaremos ese informe a su marido. Y que se fastidie...

—Pues que se fastidie...

—Cobramos, y a otra cosa. Lo malo es si, después, ella, con su conducta, hace pensar que estábamos equivocados. El descrédito de esta agencia es seguro... Con el descrédito, nos quedaremos sin trabajo. Tendré que prescindir de empleados... Y yo mismo, ¿qué va a ser de mí? No estoy en condiciones de lanzarme a la calle, de empezar de nuevo... Me voy sintiendo acabado.

El maldito hipócrita lo había dicho en tono tan patético, que la rubia me miró, desolada. Parecía a punto de llorar.

¿Qué sería de ella, si el viejo se veía obligado a cerrar?

Todo aquello me parecía una farsa.

Y dije:

—Está bien. Demostraré que ella es culpable, aunque sea más inocente que un recién nacido...

—Seguro que es culpable —dijo el viejo para aliviarme.

—Pero mañana, con mi último informe, cobraré y me llevaré a cenar a Evelynne. ¿De acuerdo?

Aquello no le gustaba al viejo, que estaba enamorado de la rubia. Yo lo sabía, y lo dije precisamente por eso, por fastidiarle.

Sin embargo, él pareció aceptar la cosa, puesto que respondió:

—Eso está muy bien, muchacho. Si la cosa sale bien, yo pagaré vuestra cena. El resto de la diversión será cosa vuestra... No, no

tendréis que soportarme. Iréis solos.

En la mirada de la rubia brilló la más viva alegría.

Todos contentos.

Yo me relamí, pensando en la maravilla que se ocultaba en el interior de la ceñida y resplandeciente blusa, y en los no menos ceñidos «*blue-jeans*» de Evelyne.

Ella pareció comprender. Y se sonrojó. Pero no protestó, que era lo bueno.

Me despedí y marché, rápido, antes de que la estupenda señora Surrey saliese de casa.

Afortunadamente la esposa de nuestro cliente no era Madrugadora.

Una vez en la calle, hice volar materialmente a mi coche.

Y llegué a mi destino con tiempo sobrado. La bella y morena Ethel Surrey asomaba en aquel momento a la puerta del pequeño chalet para recoger unas botellas de leche y cerveza, así como el periódico que le habían dejado los repartidores.

Vestía aún un ceñido y vaporoso pijama. Iba despeinada y desmaquillada... Me pareció maravillosa, digna del «sacrificio» de que el Viejo había hablado.

Pero ¿quién la abordaba?

No es que yo carezca de audacia, en lo que a mujeres se refiere.

Pero es que Ethel Surrey respiraba dignidad por todos los poros. No era fácil que me hiciese el menor caso. Ni a mí, ni a otro que valiese más que yo.

Recibí la impresión de que ella, con disimulo, miraba hacia el lugar en donde yo me había situado, tratando de ver sin ser visto.

¿Me vio? ¿No me vio? Lo más seguro es que imaginase que yo debía estar allí o en algún lugar próximo. Era punto menos que imposible que en todos aquellos días, que yo llevaba vigilándola, no se hubiese dado cuenta de mi espionaje.

Recibí la impresión de que sonreía.

Cargó Ethel con parte de lo que le habían dejado en la puerta. Y dejó ésta entornada.

Volvió a salir, a poco, a recoger el resto.

Miró nuevamente hacia el lugar donde yo me hallaba. Había abierto la blusa de su pijama y, al agacharse, ya pueden imaginar.

Hacía calor ya. Y temí desvanecerme.

Me pareció que ella sonreía picarescamente.

Cargó con el resto de la mercancía y volvió a entrar, dejando nuevamente la puerta entornada.

Comencé a pasear tratando de disimular. Había poco movimiento en aquel lugar. Los niños habían salido ya para sus colegios.

Tenía cerca una cabina telefónica y me aproximé a ella, buscando la sombra que proyectaba.

Y en el mismo momento, repiqueteó el timbre del teléfono. Miré en torno. No vi a nadie. ¿A quién, que no fuese a mí, podían llamar?

Entré en la cabina, tomé el tubo del micro-auricular y me situé de forma que, a través del cristal, podía ver el pequeño chalet de los Surrey.

—¿Sí?

Una voz cálida llegó hasta mí.

CAPÍTULO II

—Va a ser un día caluroso, ¿no? —preguntaron.

Era ella, no me cabía duda. Su voz cálida correspondía a su tipo físico, que también era cálido, de piel morena, de un moreno suave y pelo liso, de caída graciosa y muy negro, como cejas y pestañas.

Los ojos eran tan pronto grises como tomaban un tono violeta, según las luces y el estado de ánimo de ella. Y quedaban cercados por un anillo gris oscuro, casi negro.

Me costó responder. Y dije, al fin, con voz torpe:

—Temo que sí...

Pese al dominio que ejercía sobre mi persona, noté que los latidos de mi corazón eran más fuertes y acelerados.

—No pienso salir de momento. No saldré hasta que la tarde esté vencida y haya cesado el calor...

—Una buena idea —dije a mi vez.

—¿Verdad que sí?

Señaló una breve pausa y prosiguió:

—Se lo aviso porque sentiría mucho que se consumiese usted en la espera. Entre otras cosas, se podría deshidratar. O atrapar una insolación. Nada agradable...

Hablaba pausadamente, con dominio de las ideas. La palabra «atrapar» no se le escapó. La dijo intencionadamente, como si con ella quisiera darme una medida de su personalidad.

Sí, una personalidad compleja, con un bello exterior.

—Ciertamente —respondí—. Pero, ya sabe, a veces, los compromisos le llevan a uno a determinadas situaciones, que no son del todo gratas.

—Le comprendo perfectamente... En fin, ya lo sabe. Le doy mi palabra de que no saldré hasta las cinco y media o las seis.

—Muchas gracias por su atención —dije.

Comenzaba a sentirme seguro de mí, y di a mis palabras una

entonación de circunstancias.

Ella prosiguió:

—Ahora bien, si no tiene a dónde ir y prefiere aguardar aquí... Hay buena y fresca cerveza, *whisky*... Bien, lo normal en una casa modesta como la mía.

Confieso que me tambaleé. No esperaba aquello.

Y hube de realizar un esfuerzo para lograr responder:

—La verdad es que no quisiera molestar...

—No es molestia. Si creyese que iba a molestar, no le invitaría. Usted es un hombre educado, correcto...

—Muchas gracias...

—Por otra parte, si usted debe elaborar un informe completo, yo le podré dar algún dato que usted tal vez ignore...

Resultaba insólito y hube de pellizcarme para asegurarme de que no estaba dormido y soñando.

—Esa idea es buena —alabé—. Por tanto, si no molesto...

—En absoluto. George regresará mañana y querrá ese informe. Es exigente, ¿comprende?

—Perfectamente. Parece que paga bien y, por tanto, tiene derecho a exigir.

—Celebro que sea así de comprensivo. Le espero...

Colgó seguidamente el tubo del micro-auricular, a juzgar por el ruido. Lo hizo de manera que evidenciaba seguridad, pero no violencia.

Me observé en el cristal que hacía las veces de espejo. Miré el tubo telefónico. Una lástima que no se podía apreciar bien la expresión de mi rostro en el cristal.

Pero seguro que habría hecho reír a mi atractiva comunicante.

Enhorquillé el tubo telefónico de manera lenta.

Miré a continuación hacia las ventanas del chalet. No se movió un visillo, una cortina.

Ethel debería estar segura de que yo no faltaría a la cita y no se tomaba la molestia de espíarme. Ni a mí, ni mis posibles reacciones.

Abandoné la cabina y crucé la avenida hasta llegar a mi automóvil. Me aseguré de que quedaba todo en orden, incluso el sistema de alarma, por si intentaban robármelo.

Volví a cruzar y me dirigí a la entreabierta puerta.

Naturalmente, entré sin llamar. Y cerré sin ruido, una vez hube

entrado.

El pequeño *hall*, como todo el resto de la casa, estaba en semipenumbra. Yo procedía del exceso de luz de la calle, en donde el sol lucía ya con fuerza.

Y mi vista tardó en habituarse al interior.

Un leve roce me hizo alzar la vista hasta descubrir a mi anfitriona, la cual apareció enmarcada en el vano de una puerta. Quedaba a contraluz, dentro de la semipenumbra.

Un buen estudiado efecto, que hacía resaltar la maravilla de sus formas, veladas solamente por el fino pijama de vaporosa tela.

Ella habló, al fin, para decir:

—Pasa. Pienso que estarás mejor en el gabinete íntimo. Podrás ponerte cómodo y beber lo que quieras. Lo tienes al alcance de la mano. Hay tabaco también...

Ethel, al hablar, señaló una puerta que se hallaba abierta, cerca de aquella otra que le servía de marco.

Me adelanté, caminando pausadamente hasta donde se hallaba la atractiva dueña de la casa.

Se mantenía seria, pero no adusta.

Yo también estaba serio. La miré a los ojos y sonreí de forma cordial, natural.

Ethel sonrió también. Estaba roto el hielo, si es que había cabido hielo en nuestro encuentro.

—Bien venido a mi casa —dijo, con encantadora expresión.

—La verdad es que somos antiguos conocidos.

—¿No te ha dado vergüenza espiar a una débil mujer?

—Es mi oficio. Por otra parte, posee tanto encanto, que una tarea que puede parecer odiosa, resulta agradable.

—Menos mal, eso casi te disculpa.

—Además, no me escondía demasiado. La prueba es que me descubriste pronto.

—Antes de lo que imaginas. A veces, llegué a pensar que querías ser descubierto.

—Tal vez lo deseaba inconscientemente.

—¿No temías mi reacción?

—No he pensado en ello. El magnetismo que ejerces sobre mí me ha impedido pensar...

Rió de buena gana. Parece que mi frase llegó a sorprenderle.

—Eres un simpático sinvergüenza —dijo, con expresión acariciadora.

Su voz se había enronquecido levemente.

Inesperadamente hizo una pregunta:

—¿Tienes idea de cuáles son los negocios que obligan a viajar a mi marido?

—No. Ni idea. ¿Y tú?

—No estoy segura; pero comienzo a tener una sospecha.

—¿Importa eso ahora? —pregunté.

—Puede importar. Es un asesino. Cobra por matar a la víctima que le designan.

Guardé silencio.

—No estoy segura, claro... Pero ya hablaremos de eso, a menos que prefieras largarte ahora.

—¿Por qué me he de largar? No creo que haya nadie que le vaya a pagar por matarme.

—Podría hacerlo por su cuenta...

—Esa clase de asesinos no corren jamás ese riesgo. Si quisiera suprimirme, por venir a verte, él contrataría a un compañero.

—De acuerdo. Pienso lo mismo. ¿Y si quisiera matarme a mí? ¿Piensas que lo haría personalmente?

—No, tampoco. Alquilaría a un matón.

—Espero que no seas tú ese matón.

—Yo no soy un matón. Soy un deportista, que está en baja forma a consecuencia de una lesión. Y que necesita ganar dinero para terminar sus estudios de abogado... Por esa causa acepto estos trabajos.

Ethel, que había dejado de sonreír, volvió a hacerlo.

Si había pensado que yo podía ser un asesino, dispuesto a eliminarla por encargo de su marido, no había mostrado miedo en absoluto.

Sin embargo, respiró a fondo. Parecía aliviada. Y dijo, al fin:

—La verdad es que no pareces un matón. Eres, en todo, diferente a ellos. A juzgar por lo que conozco de George, y que me hace pensar en que los otros deben ser de su estilo: fríos, calculadores...

—Es lo mismo que pienso yo.

Volví a sonreír.

Y miré, con cierto descaro, hacia su escote, que se había abierto al accionar ella, dejando ver buena, parte de sus pujantes senos, entrevistados ya cuando había asomado por segunda vez a la puerta.

—Bien, ponte cómodo y sírvete lo que desees... Yo estoy enseguida contigo. Voy a ducharme; es cuestión de unos minutos.

—Podría ayudarte. El caso es que también yo necesito una ducha —tuve la audacia de decir.

Mi idea no pareció sorprenderla. Y volvió a sonreír, de manera que resultó encantadora. Y me preguntó:

—¿Tienes inconveniente en usar una bata de las tuyas? Viene a ser de tu estatura y corpulencia.

Debió leer en mi cara que la idea no me hacía demasiado feliz. Y rió abiertamente, por la solución que se le había ocurrido.

—Mejor que te deje una de las mías. Te estará un poco pequeña, a pesar de que las uso holgadas... Y vaporosas —subrayó, con graciosa picardía.

Escogió una vaporosa bata suya, que apenas si me llegaba hasta las rodillas, y cuya espalda resultaba estrecha, a ojos vistas.

—Te la romperé, lo siento.

—Bien, rió te preocupes. Te cubrirás con la toalla de baño, ¿qué más da?

—Nacemos desnudos, ¿no? —dije yo.

—Sí, pero...

—Se inventó el cubrirse el cuerpo para protegerse del frío. O del exceso de sol...

—Cierto...

—Luego, nos inventamos una moral que, a veces, tiene mucho de estúpida; y nos cubrimos por pudor...

—Está bien, filósofo —me interrumpió—. Haz lo que te plazca... Pero vamos, que me apetece la ducha.

Entramos en el cuarto de baño, y comencé a desnudarme despacio, por aquello de que tenía prisa.

Ella hacia lo propio, recreándose al hacerlo, dirigiéndome miradas de soslayo.

Entró en la ducha antes que yo, soltó el agua y preguntó:

—¿A qué esperas?

No me hice de rogar.

Después de ducharnos, Ethel preparó un ligero y reconfortante

almuerzo.

—No comprendo que un hombre quiera divorciarse de ti cuando, en realidad, por lo que me dices, habéis vivido más tiempo separados que juntos, en esos tres años de matrimonio.

—George es raro, muy raro. Y yo comprendo que no soy para él la misma que al principio. Porque me casé enamorada, me tenía como subyugada. Pero, lentamente, vino el despertar...

Siguió Ethel con unas confidencias para explicarme su desamor creciente por su marido. Y concluyó:

—Y cuando llegue a la conclusión de la clase de «negocio» a que se dedica, le he tomado miedo y asco. He tratado de disimular, y temo que no lo he conseguido. Él es frío, calculador y observador. Penetra en el fondo de una...

Estaba auténticamente angustiada. Y prosiguió:

—La última vez que estuvo en casa, hace dos semanas, cualquier contacto con él era una especie de agonía para mí.

—Te comprendo. Tranquila. No pretenderás que lo mate, ¿verdad?

—¡Oh, no! —exclamó.

Pero pienso que lo hizo sin convicción alguna. Y añadió:

—Me basta con librarme de él.

—De acuerdo. Bastará con el informe que mi agencia le dé sobre tu conducta, ¿no?

—Eso creo.

—Bien, tú dirás. ¿Tienes algún amante?

Le había pasado el síntoma de angustia y respondió con picardía:

—Tú eres mi amante.

—Ahora, sí. ¿Debe constar en el informe que tu amante soy yo?

—No hay otro, te lo aseguro.

—¿Ni siquiera en la reserva?

—No hay nada. Cuando me divorcie, quiero cambiar de ambiente, largarme a la costa del Pacífico. Procuraré sacarle lo que pueda. Es lo que él pretende evitar.

—No le hagas chantaje y tal vez evites que él pague un asesino.

—De acuerdo...

—¿Cuándo regresará él?

—Tiene anunciada su llegada para mañana, aproximadamente a

la hora en que has entrado tú.

Habíamos terminado el almuerzo. Ella sonreía. Poseía encanto, atractivo. Y me sentí subyugado.

—De acuerdo, querida. Tenemos el día para nosotros, y como no vas a salir hasta media tarde...

Me comprendió. Rió alegremente y nos abrazamos de nuevo. La oferta era tentadora, estremecedora.

Y no sé si la arrastré yo a ella o ella a mí. ¿Qué más daba?

CAPÍTULO III

Antes de salir, mediada ya la tarde, avizoré desde las ventanas, tarea en la cual me ayudó Ethel.

—No veo nada anormal. Y yo soy muy sensible para esas cosas —me dijo la atractiva morena.

—Yo tampoco veo nada anormal.

Nos despedimos, prometiéndole que haría todo lo posible por volver a verla. Y se quedó los números de teléfono a que me podía llamar, y horas a que podía hacerlo, por si me necesitaba.

Y salí, al fin, como podría haberlo hecho el propio George Surrey, con toda naturalidad, dirigiéndome al coche que tenía aparcado enfrente.

Me detuve junto a la cabina telefónica. Nada anormal. Seguí hasta el coche.

Y me alejé, tomando la dirección de la oficina.

Había abandonado la avenida en que residía Ethel cuando, por el retrovisor, recibí la impresión de que alguien me seguía, en un coche.

Sí, un coche que me había parecido ver estacionado no lejos del mío, frente al chalet de los Surrey.

El caso es que entonces no había visto a nadie, ni en el coche, ni cerca de él. Sin embargo, estaba allí, era el mismo.

Así pues, en consecuencia, di unas cuentas vueltas totalmente innecesarias.

En ocasiones, me pareció que lo perdía de vista, pero al fin volvía a tenerlo pegado a mí.

Me adelantó en una ocasión. Y el individuo, con bigote espeso y largo, y grandes gafas oscuras, me miró; pero no lo hizo inamistosamente, sino todo lo contrario. Como si fuese mi amigo.

Sonreí a mi vez, como si debiera agradecer el que me siguiese.

Al fin, aproveché que pude adelantarle y cruzar un semáforo en

amarillo para seguir velozmente, mientras que él se había tenido que quedar detenido por el rojo.

Fue cuando al fin puse proa, valga la expresión, hacía mi oficina.

Había cesado el calor un tanto agobiante del día y como había, además, aire acondicionado, experimenté una sensación de agradable alivio.

Jimmy me saludó según era su uso, y yo le correspondí diciéndole que sería un gran detective, mejor que yo.

Creí que Evelynne estaría sola, pero me equivoqué. Allí estaba el jefe, sí, aquella especie de galápagos reumático.

Me miró con expresión que reflejaba soma.

—¿Y bien, muchacho? —preguntó.

Hice el signo de victoria. Y señalé con el ademán que debíamos pasar a su pequeña oficina privada.

Sonreí a la sensacional Evelynne, la cual dio la impresión de que estaba irritada conmigo.

No hice el menor caso y penetré delante del jefe, en el privado de éste. El Tortuga parecía satisfecho, y lo expresaba frotándose las manos una contra otra.

—¿Tiene un amante? —preguntó.

—Sí, lo tiene —respondí.

—Estaba seguro de ello —respondió, convencido.

—El amante se llama Patrick Shisley —proseguí diciendo.

Dio un fuerte respingo, miró con miedo hacia la puerta de comunicación, y dijo al fin:

—Entonces «ella» no deberá conocer el informe. Tendrá que hacerlo usted mismo...

—La máquina de escribir no es lo mío. Y a mí no me preocupa que ella se entere, ¿qué diablos le importa a usted?

—Cuando se fue usted, esta mañana, ella me amenazó, por haber lanzado yo la idea de que tenía que haber un amante, aunque ese amante fuese usted.

—Bien, pues ya está. Ella desea que se haga ese informe...

No me entendió, porque preguntó:

—¿Evelynne? ¡No me diga, muchacho!

—No se trata de Evelynne, sino de la propia Ethel Surrey.

—¿Quiere decir que ha hablado usted con ella?

—Le he dicho que hoy he sido su amante, ¿no?

Se dejó caer, sentado, en un sillón. Comenzaba a sudar.

Tras unos segundos de reflexión, alzó la vista y me dijo:

—¿Sabe usted que George Surrey está en la ciudad? Ha regresado un día antes de lo previsto.

—¿Ha estado aquí?

—No. Telefoneó cuando apenas si hacía una hora que usted se había marchado. Quedó en venir a recoger el informe... Yo le dije que no tuviese prisa...

Recordé entonces al individuo que me había seguido, y al cual había logrado despistar, según yo creía.

—¿Cuándo debía venir?

—Sobre las dos. Pero no vino...

Me miró. Su mirada reflejaba inseguridad.

—Y no ha vuelto a llamar.

—No...

Reflexioné a mi vez. Y dije, al fin:

—Está bien. Prepare el informe. El amante soy yo. Por tanto, el detective que realizó el trabajo debe ser otro. Usted mismo, Jimmy... Incluso Evelyne...

Admitió la idea como buena, con un simple movimiento de cabeza.

—¿Y Ethel Surrey estará de acuerdo?

—Completamente. Quiere librarse de él...

—No lo entiendo. Perderá ella. Se quedará sin nada.

—Tal vez él piense otra cosa, y acceda al divorcio, pasándole a ella una buena pensión.

Se encogió de hombros.

—Está bien...

Sonó el avisador telefónico, indicador de que Evelyne pasaba la comunicación al jefe.

Éste tomó el teléfono y, tras identificarse, dejó hablar.

Y al final, dijo:

—Voy enseguida hacia ahí.

Me había mirado en dos o tres ocasiones, mientras hablaba. Y yo llegué al convencimiento de que había sucedido algo grave.

Terminada la conferencia telefónica, dijo Weyman:

—Ya podemos despedirnos de nuestro dinero. George Surrey ha muerto. Un accidente...

—¿Seguro...?

—Si hay alguna duda, quedará despejada inmediatamente. ¿Me acompaña al depósito de cadáveres?

—Haré más. Le llevaré en mi coche. Me interesa asegurarme de que Surrey ha muerto, Será una buena noticia para Ethel. Y no se preocupe. Ella pagará, gustosa, nuestros honorarios.

Seguidamente, pregunté:

—¿Y por qué se lo han comunicado a usted?

—Extraño, ¿verdad? Iba indocumentado. O se ha perdido la documentación en el accidente. Pero llevaba una tarjeta nuestra, y un sobre de esta agencia, dirigido a su nombre. Por eso se supone que puede ser él, y me llaman para identificarlo...

Todo aquello, dadas las circunstancias, resultaba muy extraño; pero preferí no hacer comentario alguno.

Salimos, no sin decir a Evelyne que tardaríamos una hora en regresar.

—¿Y si viene el señor Surrey, qué le digo? —preguntó ella.

—Que espere. O que vuelva —me adelanté a decir.

Guiñé un ojo a Weyman, que había abierto ya la boca para responder con la verdad.

Salimos, dejando a Evelyne dando muestras de desconcierto.

Cuando llegué junto a mi auto, descubrí, no lejos de él, en la parte contraria de la calle, el coche verdinegro del individuo que me había seguido.

Y él estaba sentado tranquilamente tras el volante, mirándome.

Cuando abrí mi coche, vi que habían dejado en él un sobre, precisamente en mi asiento. No tenía más remedio que verlo.

Lo tomé y miré hacia el fulano. Y recibí la impresión de que él hacía un movimiento afirmativo de cabeza.

Guardé el sobre. Y abrí la portezuela contraria para que el viejo pudiese entrar en el coche.

Mientras abría, le dije:

—Con disimulo; vea el coche verdinegro que hay estacionado al otro lado de la calle.

—¿Qué hay con él?

—¿Reconoce al individuo que está sentado al volante?

—No.

Su negativa fue rotunda, categórica.

—¿Seguro que no es George Surrey? —inquirí.

—Seguro. ¿Por qué?

—Me ha seguido desde que salí del chalet de Surrey. ¿Puede Surrey haber encargado el mismo trabajo a otra agencia? ¿O ha puesto usted otro detective sobre mis huellas?

—No creo en lo primero. Y no he hecho lo segundo. Sería demasiado gasto, y no estamos para derroches.

Resultaba convincente.

Pensé, entonces, que el individuo podía ser el auténtico amante de Ethel. Pero en tal caso, ¿quién diablos habría dejado el sobre en mi coche?

Tenía que ver el contenido del sobre, pero no quería hacerlo delante del jefe.

Sonreía al individuo del coche verdinegro, y hasta me permití un ligero saludo con mi diestra, antes de empuñar el volante.

El hombre correspondió de manera semejante.

—¿Qué diablos sucede ahora? —preguntó Weyman.

—Nada de particular. Le hago saber que agradezco su interés por mí.

Recibí la impresión de que el individuo en cuestión, en aquella ocasión, no tenía intención de seguirme.

Extremo que comprobé en dos o tres ocasiones, durante el trayecto hasta llegar a la Morgue.

Nos recibió un sargento de policía, que conocía al viejo Weyman, al cual preguntó:

—¿Era cliente suyo?

—Sí, lo fue.

—¿Puedo saber cuál fue el encargo?

—Secreto profesional. ¿Acaso piensa que no fue un accidente?

—Tenemos que ahondar por todas partes, y pesar todas las posibilidades —fue la respuesta del sargento.

Hablaron mientras caminábamos hacia el interior.

Yo experimentaba la sensación de que el sobre quemaba en mi bolsillo. ¿Qué relación podía tener con todo aquello, si es que tenía alguna?

¿Habrían avisado a Ethel de la muerte de su marido?

La última incógnita quedó despejada pronto, tan pronto como sacaron el «fiambre» y Weyman, que estaba curado de espanto, le

descubrió el rostro.

—Sí, es él. ¿Cómo fue?

—Un estúpido atropello. Pero no se puede confiar uno.

Y a continuación, el sargento nos hizo un relato de cómo se había producido el hecho, así como el lugar.

Y concluyó:

—Terminaba de estacionar su automóvil y había bajado de él, sin fijarse en que por detrás llegaba otro velozmente.

Seguidamente, preguntó:

—¿Casado?

—Sí. Conozco a su esposa —intervine yo—. Si quiere, me encargaré de comunicarle lo que sucede. Y la acompañaré. Creo que está sola en Nueva York.

Antes de responder el sargento, consultó con la mirada al viejo, el cual respondió:

—Pat Shisley realiza algunos trabajos, como detective, para mi agencia. Tiene licencia, naturalmente.

El sargento, entonces, se encogió de hombros, y me dijo:

—De acuerdo. Si usted es amigo, mejor que vaya usted. Para nosotros, siempre resulta desagradable.

A continuación, preguntó:

—¿De qué trabajaba el fulano éste?

—Negocios... Viajaba bastante —dije, vagamente.

—¿Es usted amigo de la casa, y no lo sabe con certeza?

—Ni siquiera su esposa lo sabe con certeza. Es más, ella no lo esperaba hasta mañana y, sin embargo, está aquí desde esta mañana —informé.

No me importaba que la policía sospechase que había algo, en el asunto, que se salía de lo corriente.

Habían vuelto a meter en las cámaras el cuerpo del que había sido George Surrey, de profesión «Sus asesinatos», según lo que Ethel me había dicho.

El sargento prosiguió, dirigiéndose a mí:

—Venga cuanto antes, con esa señora. Así se hará cargo de las pertenencias de su marido.

—¿Y el coche?

—Lo hemos traído también. Tema las llaves puestas aún...

Consulté mi reloj. Si me daba prisa, podría encontrar aún a Ethel

en su casa.

Y pedí permiso para telefonar, cosa que realicé desde la oficina del sargento.

Ethel estaba en casa y, tras presentarme, sin darle ocasión a que me preguntase nada, le dije:

—Aguárdame. Sucede algo grave. Estoy contigo enseguida.

Me apresuré a cortar la comunicación, temiendo que alguien pudiese estar controlando nuestra conversación.

Nos despedimos del sargento. Y me ofrecí a volver al jefe a nuestra oficina.

—Le dejaré allí, e iré a reunirme con Ethel. Y tranquilo. La convenceré para que pague los honorarios de la agencia.

CAPÍTULO IV

Ethel me aguardaba, en traje de calle, dispuesta para salir.

Estaba inquieta, justificadamente inquieta, tras haber recibido mi encargo.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—George ha sufrido un accidente y ha muerto —le comuniqué, sin ambages.

No esperaba que le recibiese con alegría, pero pensé que tampoco se iba a desmayar ni a retorcerse de dolor.

Se había levantado para abrirme, y permanecía de pie. Me miró a los ojos, reflejando en su mirada incredulidad. No, no había comedia.

Aquello me satisfizo. Y se lo dije:

—Celebro que no haya sido cosa tuya.

—¿Es que lo han asesinado? —preguntó.

—Ha sido un accidente. Pero también podía ser un accidente preparado.

Le referí a continuación lo que nos había contado el sargento.

—Pues no, no se me había ocurrido tal cosa. Yo pensaba discutir el asunto de nuestra separación con toda seriedad, sin violencias. Pretendía sacarle lo que pudiese, sin llegar al chantaje, ¿me comprendes?

—Sí, te comprendo.

—Bien, cuando tú digas.

Yo llevaba aún sin abrir el sobre que el fulano del coche verdinegro había dejado en mi auto.

Y pensé que aquél era un buen momento para conocer su contenido, aunque no fuese más que por encima.

Antes de sacar el sobre de mi bolsillo, pregunté a Ethel:

—¿Te asomaste antes, cuando me fui?

—No. Eso es algo que siempre llama la atención. Y aunque tengo

lejos a los vecinos de enfrente, puede haber quién se entretenga en fisgar, valiéndose de algún telescopio o de unos gemelos.

Era algo que sucedía con demasiada frecuencia. Porque a la gente le gusta meter la nariz más de la cuenta en las vidas de los demás. En particular, cuando en una casa hay mujeres hermosas. Y Ethel lo era.

—¿Qué sucede? —preguntó Ethel, a continuación.

—Tengo la impresión de que un fulano me siguió, en un coche verdinegro.

—Bien, antes de que te fueses, vi un coche así aparcado ahí cerca. Y lo había visto también ayer...

—¿Y con anterioridad?

—Sí, creo que lo he visto, pero de tarde en tarde.

—¿Has visto al individuo que lo conduce?

—Sí, una vez lo vi. Pelirrojo, alto, recio. Llevaba el sombrero calado casi hasta los ojos, y usaba grandes gafas oscuras...

—Pues no se parece al de hoy, más que en las gafas oscuras. Y tal vez en la corpulencia —dije yo.

Saqué el sobre del bolsillo, y pedí permiso a Ethel para abrirlo.

Una vez abierto el sobre, encontré en él cuatro fotografías, correspondientes al mismo individuo. En una de ella, instantánea, salía de una lujosa casa.

Había también un informe, bastante completo, sobre las actividades conocidas de tal individuo, dónde vivía, en qué se ocupaba y cuáles eran sus costumbres habituales.

El individuo se llamaba Mark Carroll, y residía en Nueva Orleans.

Sé daban, además, datos sobre Carroll, señalándolo como desconfiado y peligroso. Solía llevar un guardaespaldas, y casi nunca iba por el mismo camino a los lugares a que debía acudir habitualmente.

En otra nota se me decía, o se decía a George Surrey, púes me pareció claro que el sobre iba destinado a él, fue en el lugar de costumbre se habían depositado dos mil quinientos dólares, los cuales podía retirar cuando quisiera.

Y que contra envío de la «mercancía», así, subrayado, se haría el depósito de otro tanto.

Ethel se había situado a correcta distancia, para evidenciar que

no pretendía inmiscuirse en mis asuntos personales.

Cuando hube terminado, alcé la mirada, que se cruzó con la de ella.

—Pareces sorprendido —dijo.

—Lo estoy.

Vací en principio, pero luego, pensando que me habían confundido con Surrey, y que aquello no me pertenecía, dije:

—Esto no es para mí. Era para tu marido.

—¡Vaya! Un nuevo «trabajo».

—Todo hace pensar que sí.

—No me había equivocado.

—No.

Estuve a punto de entregarle el sobre; pero consideré que era absurdo hacerlo y lo volví a guardar en el mismo bolsillo en que lo había llevado con anterioridad.

Tras un lapso de silencio, dijo Ethel:

—George y yo habíamos hecho mutua cesión de nuestros bienes. En caso de accidente, todo lo que quedase debería ser para el superviviente. Yo tengo muy poco... La casa...

Dirigió la vista en torno. Y prosiguió:

—George posee valores y dinero en cuenta corriente; pero sólo de pensar cómo se ha amasado ese dinero, te aseguro que comienza a quemarme, a pesarme.

—Ya hablaremos de eso. Pero debes pensar que tú no le has ayudado en su «profesión»... ¿Vamos? Tengo interés en que te hagas cargo del automóvil y de lo que él llevaba encima.

—¿Por qué?

—No lo sé aún. ¿Vas debidamente documentada?

—Sí...

—¿Permiso de conducir?

—Sí.

—¿En dónde dejaba George, normalmente su coche?

—No lo sé. Si iba en avión, supongo que cerca del aeropuerto, en algún garaje... Sí, siempre cerca del lugar por donde llegaba...

—¿Tendrás valor para verlo?

—Te aseguro que sí. A medida que me voy haciendo a la idea, considero una gran suerte haberme librado de él de esa forma, sin intervención mía.

Seguía siendo sincera.

Salimos juntos. Y nos personamos, minutos después, en la Morgue, en donde nos recibió el mismo sargento.

Ethel se identificó, justificó su cualidad de esposa del muerto, y a su vez identificó a éste.

—¿Está segura? —insistió el sargento.

Ethel señaló una mancha que Surrey tenía por debajo de la tetilla izquierda y dijo:

—Segura. No es una mancha natural. Es un pequeño tatuaje, del cual se sentía muy orgulloso. Se lo hicieron en Saigón.

—¿Cuál era la ocupación de su marido, señora?

—Negocios. No me dio detalles jamás...

Al ver la expresión del sargento, prosiguió con naturalidad:

—Parece que compraba y vendía objetos de arte, en articular pinturas, en las cuales era un entendido. También se ocupaba de monedas antiguas. Por casa, tengo algunas de poco valor, y un par de cuadros, que se quedó para sí.

Se conducía con perfecto aplomo. Un aplomo que incluso a mí me causó asombro.

Nos hicimos cargo del fardo con las ropas y un saqueto con otras pequeñas pertenencias, como llaves, reloj, etcétera.

Y después, nos hicimos cargo asimismo del coche.

Era evidente que el auto había sufrido un registro concienzudo, pero estaba todo en orden.

El sargento se justificó, diciendo:

—Deseábamos encontrar algo, por lo que se le pudiese identificar. Y menos mal que encontramos lo referente a la agencia esa...

Ethel se informó de si había cerca alguna funeraria. El propio sargento le dio la dirección de una.

Y fuimos allá para que se hiciera cargo de todo lo concerniente al entierro del que en vida se había llamado George Surrey.

De nuevo en el pequeño chalet, Ethel me preguntó:

—¿Qué te preocupa?

—¿Dónde están las «herramientas» de «trabajo» de George?

—Ni idea. Supongo que las llevaría consigo.

—Precisamente. Y no te han entregado nada. Tampoco hay nada en el coche. Al menos, a la vista.

Con permiso de Ethel, examiné detenidamente la ropa que llevaba puesta George en el momento del accidente. No encontré en ella nada. Y fue arrojada a la basura.

Quiso la atractiva viuda regalarme el reloj que había sido de su marido. Pero lo rechacé.

—Lo comprendo —dijo ella.

Examinamos las llaves. Dos de ellas eran prácticamente desconocidas para la linda viuda. Las restantes correspondían a diversos muebles de uso personal de George. Y no encontramos en ellos nada que nos pudiese ilustrar.

—¿Quién iba a ser la próxima víctima? —preguntó Ethel.

—Un tal Mark Carroll, de Nueva Orleans.

—Ni idea... ¿Qué piensas hacer con eso? ¿Quemarlo?

—Podría desentenderme del asunto. Pero quien paga el asesinato, cuando compruebe que la muerte no se produce, investigará y se enterará de que George ha muerto, pagará a otro asesino.

—Son cesas que suceden y que no nos corresponde evitar —adujo Ethel, encogiéndose de hombros.

—Estudio leyes, Ethel. Pretendo que las leyes se cumplan, que haya justicia...

—Cuando se paga un asesinato, es por algo. Ese hombre será culpable de una traición, de algún crimen...

—Que lo pongan en manos del aparato de la justicia.

Reflexionó Ethel, que dijo al fin:

—Tan sólo una vez hablé con George, de esos asesinatos pagados. Fue a raíz de uno que se cometió aquí, cerca de casa. Yo me sentí angustiada y él me dijo que no me debía preocupar, que jamás se mata a un inocente como, por ejemplo, a un trabajador que hace solamente eso, trabajar.

—Bien, él defendía su «profesión». Yo defiende la justicia.

—¿Y por qué te has de meter en líos? Si te sucede algo, pensaré que la culpable he sido yo, por hacerte venir a casa. Porque todo ha partido de ahí.

Era innegable. Pero yo le respondí:

—No sucederá nada; pero, de suceder, no tienes nada de qué reprocharte.

La sugestiva mujer se acercó tanto que me llegó el suave calor

de su cuerpo, su enervante perfume.

—Me gustas, estoy necesitada de que me quieran. Me he sentido sola y asustada, durante todo este tiempo, y te necesito. Vamos a tener dinero más que suficiente...

Y no trato de amarrarte con un matrimonio, si tú no lo quieres.

La proposición era tentadora. Pera me rebelé y se lo dije:

—Gracias. Pero no viviría jamás a costa de nadie.

Y no pienso en cómo se ha ganado ese dinero...

Se separó ligeramente de mí. Y me preguntó:

—¿Cuánto pagan por ese «trabajo»?

—Hay depositados dos mil quinientos dólares. Y supongo que, una vez realizado el crimen, depositarán otro tanto.

—Con qué facilidad se pueden ganar cinco mil dólares.

—No debe ser tan fácil. Entre otras cosas porque, por ejemplo, Mark Carroll lleva siempre un guardaespaldas. Además, esos asesinos viven demasiadas horas de tensión, enferman de los nervios. Ulceras de estómago, infartos, alcoholismo... Eso, y peor, es lo que suele seguir a la «profesión». No vale la pena, la verdad.

—Tienes razón... ¿Y qué hacemos con esos dos mil quinientos dólares?

—No pienso tocarlos... Aparte de que ignoro el lugar en dónde pueden estar...

Ethel señaló una de las dos llaves que le eran desconocidas, y dijo:

—Tal vez alguna de esas llaves corresponde al lugar donde está depositado el dinero...

—Y tú no tienes ni idea...

—Ni idea.

—¿No has acompañado jamás a George a uno de esos lugares, donde se pueden depositar cosas como ésa?

—¿Y cómo puedo saberlo? Normalmente, él salía sólo a sus asuntos. A veces, cuando he ido con él, me he quedado en el coche. O me he metido en algún almacén a comprar, mientras él realizaba sus gestiones.

Asentí. Era lo normal.

Luego, pregunté:

—¿Había orden en los asuntos de tu marido? Me refiero a si sabes en qué bancos puede tener su dinero, dónde sus valores...

—Sí, todo eso lo tengo claro. Él era ordenado, muy ordenado. Hasta sus contactos conmigo los había reglamentado, como si temiera excederse y perder fuerzas.

Lo dijo con graciosa picardía, volviendo a acercarse y colocando de nuevo sus manos sobre mis hombros.

En aquella ocasión, me besó y correspondí a su caricia.

—El abogado ante el que hicimos la cesión de bienes, se encargará de dejar toda de manera que pueda disponer de lo que ahora es mío. No debes preocuparte por eso. De ti solamente deseo que me quieras mucho...

¿Quién dijo miedo? Me dejé llevar por ella. Y poco después, estrechamente abrazados, rodábamos sobre una hermosa piel de tigre.

CAPÍTULO V

Fue una especie de corazonada.

Yo había abandonado el chalet de Ethel antes de que amaneciese. Le había prometido estar presente en el sepelio de George.

Y cumplí mi palabra. Pero no estuve con ella, sino escondido, vigilando los movimientos que se pudiesen producir en torno a su persona.

Ella habría estado sola, de no haber sido por su abogado, un venerable caballero, de unos sesenta años. Y de mi jefe, que andaba cerca de los sesenta, aunque tenía poco de venerable ni de caballero. Dicho esto sin ánimo de ofender a nadie.

Terminado el sepelio, mi jefe, que a petición de Ethel había presentado a ésta la factura de sus honorarios, fue el primero en alejarse del cementerio.

Y Ethel salió algo después, acompañada por el viejo abogado.

Yo permanecí inmóvil, vigilando. Tenía un presentimiento y, además, había notado algo extraño.

Cuando Ethel y su acompañante salían ya del cementerio para dirigirse al lugar de estacionamiento de los autos, descubrí un nuevo personaje.

Se movía sigilosamente, siguiendo de lejos a Ethel, estaba claro.

La sugestiva viuda y el abogado tomaron el auto que había sido de George Surrey.

Eli a, a pesar de la desgracia sufrida, dio muestras de firmeza y seguridad al volante.

Era una hembra maravillosa. Y yo había tenido constancia de ello, la noche anterior.

Por mi parte, había reconocido al hombre que seguía a Ethel. Era el mismo individuo del gran bigote y las gafas oscuras, sí, el del coche verdinegro, que había dejado el sobre en mi automóvil.

Sospeché que habían descubierto ya la muerte de Surrey. Y por tanto, que el encargo de matar había sido hecho a otro hombre.

Por tanto, seguían a Ethel para, por medio de ella, identificar a ese hombre. Que no era otro que yo.

Llegué a la puerta del cementerio cuando ya la viuda y el abogado se alejaban.

Y el hombre que les seguía entraba en un automóvil, que no era el verdinegro que yo le había conocido el día anterior.

Aquello se había complicado; y el arreglo no iba a resultar nada fácil. Porque si yo les devolvía el contenido del sobre, y les prometía olvidarlo, ellos no me creerían.

Cuando comprobé que el del bigote y las gafas oscuras salía lanzado tras el coche ocupado por la viuda y el abogado, tomé yo mi coche. Que, por cierto, no había dejado en el aparcamiento, sospechando que podía suceder algo como lo que se estaba produciendo.

Era la mejor forma de evitar que se supiese que yo estaba allí, en el cementerio, que había asistido al entierro del matón.

Dejé que salieran dos coches más, los cuales se interpusieron entre el mío y el del hombre del bigote y las gafas oscuras.

Cerca de media hora más tarde, Ethel dejaba al abogado a la puerta de la oficina de éste.

Y ella continuó, tomando la dirección de su chalet.

El fulano de los bigotes la siguió.

Hacía calor, tanto o más que el día anterior.

A pesar de ello, estacioné mi coche lejos del chalet de Ethel, y no en la avenida, sino en una solitaria calle lateral, bajo la protección de dos árboles.

Y no me dirigí a la avenida, sino que acorté terreno saltando una valla, pasando por la trasera de un chalet vecino al de Ethel, y dirigiéndome luego a éste.

La atractiva morena me había dado una llave, por si quería visitarla en aquellos días o aquellas noches, en cualquier rato libre que yo tuviese.

No era una llave de la puerta principal, sino de la cocina.

Y entré por allí.

No había visto ni el coche de Ethel ni el del individuo que la seguía, y a los cuales, en uno de tantos embotellamientos de tráfico,

había perdido de vista.

Aquello significaba que yo era el primero en llegar.

Atravesé la casa, tras haber cerrado cuidadosamente.

Y fui a apostarme tras los visillos de una de las ventanas de la fachada principal.

No habían transcurrido cinco minutos cuando vi llegar a la atractiva viuda, penetrando con el coche hasta el pequeño garaje, situado en uno de los laterales del chalet.

Poco después, descubrí al individuo que la seguía. Había estacionado su coche en la avenida, y se acercaba sin hacer ruido, cuidando asimismo que Ethel no le descubriese, antes de lo que él consideraba mejor para sus fines.

Y Ethel, en el momento en que hacía girar la pequeña llave en la cerradura, se sintió sorprendida por la presencia del hombre, que se había situado a su espalda.

Desde mi observatorio, pude ver que ella estaba asustada. Vi también que el hombre sonreía con expresión irónica. Pero no pude oír las frases que intercambiaron.

Y abandoné mi observatorio, puesto que la puerta había sido abierta, y tanto la viuda como el indeseado visitante entraba ya en el *hall*.

Oí que Ethel decía:

—No sé quién es usted. Lárguese o llamaré a la policía.

—No te alteres. No va nada contra ti, moracha. Jamás he hecho daño a ninguna mujer, al contrario...

La empujó para apartarla de la puerta y evitar que les pudiesen ver desde el exterior.

Y cerró, sin hacer ruido.

—¿De manera que el bueno de George ha muerto?

—Lo han matado. ¿Ha sido usted? —preguntó ella, con dureza.

—George era mi amigo. Y su muerte me pone en un gran compromiso.

—No sé nada de nada. Ignoro todo lo que se refiere a los negocios de mi marido.

—Bien, no se trata precisamente de él. Pero siéntate, ponte cómoda. Estás en tu casa.

Hablaba el hombre suavemente, pero con imperiosa expresión. Y al seguir, obligó a Ethel a que se acomodase en uno de los sillones.

Ella dejó el bolso en el suelo, junto a sí.

Y el hombre, con las normales precauciones, tomó el bolso y lo registró, hasta asegurarse de que no contenía ningún arma.

—Bien, eres una chica pacífica...

—No tiene derecho a hablarme así —protestó Ethel.

—Tengo derecho a hablarte como me plazca. A fin de cuentas, George y yo trabajábamos para el mismo jefe...

Señaló una pausa, y dijo a continuación:

—Hace calor. ¿No me sirves una bebida, algo fresco?

—No tengo a mano ningún veneno. Es lo único que le serviría.

—No debes tratarme así. Estás sola... Yo soy libre y, ¿quién sabe?

Se acercó, insinuante, a ella.

Pero Ethel se sujetó a los brazos del sillón, y comenzó a levantarse, en actitud que no presagiaba nada bueno, y que obligó al individuo aquél a detenerse.

Yo estaba bien situado, y dispuesto a acudir en ayuda de Ethel, tan pronto lo estimase necesario.

Pero necesitaba saber. Y, por otra parte, la escena me divertía.

Carraspeó el fulano, el cual enseñó los dientes, al forzar una sonrisa con la que intentaba cubrir su ridícula situación.

Y siguió diciendo:

—Está bien. Vamos a lo que importa. Supongo que no tienes nada que ver en el trabajo de tu marido.

—Seguro que no...

Lo dijo en tono hiriente, como queriendo demostrar al individuo que no ignoraba cuáles eran las actividades de George, a las cuales lo ligaba a él también.

—¿Quién era el individuo que estaba aquí ayer contigo, y al cual tomé yo por tu marido? No me digas que era él porque, a esas horas, el pobre George estaba muerto.

—¿No dice usted que era compañero de trabajo de George?

—Sí...

—¿Y confundió a aquel hombre con mi marido?

—Digamos que sí. ¿Quién era?

—El cobrador de los electrodomésticos...

—No intentes burlarte de mí. Estuvo aquí horas...

—Me gustó. Era un tipo atractivo, ¿no? Y como mi marido se

pasaba demasiados días y demasiadas noches de viaje, con sus negocios...

Dejó la frase en el aire al entendimiento del fulano, el cual dio la impresión de que comenzaba a sentirse furioso.

Me asombró aquel cambio de Ethel, muy en su línea, muy digno de ella.

—Suelta ya la «sinhueso». ¿Quién era ese fulano?

—Ya lo he dicho. El cobrador de los electrodomés...

No pudo terminar la palabra porque el fulano atacó inesperadamente, dirigiéndole un golpe de revés al rostro.

Algo que, a juzgar por lo que sucedió, esperaba Ethel, la cual se lanzó hacia atrás, arrastrando con ella el sillón.

Cayó ella, y cayó el fulano, al fallar el golpe. Pero pudo atraparla cuando Ethel trató de escurrirse.

Había llegado el momento de entrar yo en acción.

Y cuando el individuo había logrado aferrar a Ethel por una pierna a la altura de los tobillos, yo, que me había desplazado silenciosamente, me incliné y lo así por el pelo.

Tiré con fuerza hacia arriba, obligándole a arquearse con violencia.

Y después, empujé con fuerza, haciendo que su rostro diera en el suelo, contra el cual lo aplasté.

Gritó el fulano, tanto por el dolor como por la sorpresa sufrida.

Y repetí la operación con un segundo golpe, que lo colocó prácticamente a mi merced.

Ethel, sorprendida, había quedado inmóvil.

Yo, dominando la situación, obligué al individuo a ponerse en pie, le hice girar y, tras empujarlo ligeramente para hacerle perder el equilibrio y situarlo a distancia conveniente, le solté un puñetazo que le alcanzó justo en la barbilla.

Al recio y preciso impacto, tembló el hombre, puso los ojos en blanco y comenzó a caer, de manera desmadejada.

Y yo aproveché para atizarle un puntapié a la altura del estómago.

Boqueó el fulano y cayó pesadamente, comenzando a sangrar por la pequeña herida que mi golpe le había abierto en la barbilla.

Luego vino lo mejor.

Ethel se puso en pie de un salto, y me abrazó de manera

frenética, a la vez que decía:

—He pasado mucho miedo... Y te quiero, te quiero...

—Tranquila. Has estado muy bien, maravillosamente bien, diría yo. Pero ahora no podemos distraernos.

—¿Por qué no has ido al cementerio?

—He ido allí. Pero no me dejé ver porque pensé que podía suceder algo de esto. Al regreso, os perdí de vista y pensé que debía aguardaros aquí. Fue una suerte que me diceses la llave...

Ella continuaba aferrada a mi cuerpo, dándome la impresión de que su sistema nervioso estaba a punto de estallar, y que nada deseaba en aquel momento tanto como que la poseyese allí mismo.

Surcamos de la vida, pero las cosas, a veces, son así.

Afortunadamente, el individuo produjo una especie de gorgoteo, y ella se asustó, apresurándose a soltarme. Seguidamente, se excusó:

—Perdona...

—Te comprendo perfectamente. Cuando la muerte nos cerca, aumenta en nosotros el ansia de vivir. Y el amor es la fuente de la vida.

Era una frase, pero que valía. Y que ella comprendió.

El fulano comenzaba a dar señales de querer incorporarse a la vida activa.

Y yo lo ayudé, haciéndolo sentar en el mismo butacón que Ethel había derribado.

Seguidamente lo cacheé de manera concienzuda, descargándole del peso que significaban una pistola, el correspondiente silenciador que llevaba aparte y un cuchillo de muelles.

Seguidamente, revolví en su cartera. Nada de licencia de armas. Y un buen montón de billetes de banco, de curso legal.

Se los mostré a Ethel, a la vez que comentaba:

—La muerte es un buen negocio.

—Y que lo digas. Ya has visto lo que ha costado todo lo referente al entierro de George...

El individuo, al cual habían caído las gafas en su primera caída, al fallar el golpe, me miró, reflejando sorpresa y miedo.

En aquel momento estaba revisando yo su pasaporte. Se llamaba Gigante Madison.

Y comenté:

—Gig Madison. Un bonito nombre para un asesino...

—¡No soy un asesino! —protestó.

—¡Ya! La pistola la llevas para abanicarte y el cuchillo para usarlo como mondadientes. El silenciador es un simple adorno. ¿O lo empleas para patinar?

Fue recorriendo con la mirada los objetos, a medida que yo los mencionaba. Y pregunté:

—¿O no son tuyos? Te advierto que no he dejado mis huellas en ellos. Entiendo un poco de estas cosas...

Se encogió de hombros y dijo:

—No me importa. Tampoco van las mías...

—De acuerdo.

Metí mano en uno de sus bolsillos, y extraje de él un par de finos guantes. Se los arrojé al rostro.

Y dije a continuación:

—Pueden ir tus huellas, cuando la policía encuentre tu cadáver...

CAPÍTULO VI

Ethel me miró. Volvía a sentirse asustada, dándose cuenta de que yo no podía bromear, en una situación como aquélla.

Seguidamente, pregunté:

—¿Para quién trabajas, Gig? ¿Se trata de un particular o de una sociedad?

Tardó en responder:

—Sé que no me va a creer, pero lo ignoro. Por eso mismo se ha producido el error.

—¿Cómo es eso? —pregunté, tratando de mostrarme paciente.

—Recibo las instrucciones de modo semejante al que yo empleé con usted. Y de ahí vino mi error. Le vi salir de aquí y le confundí...

Dirigió una mirada a Ethel, como buscando una complicidad para su silencio sobre nuestras posibles íntimas relaciones.

Me dieron ganas de escupirle al rostro. Pero decidí dejarlo, de momento, y pregunté:

—¿Así, pues, era la primera vez que te encargabas de enlazar con Surrey?

—Sí. A mi antecesor lo «barrieron».

—¿Los vuestros o el enemigo?

Se encogió de hombros y respondió:

—Lo malo no es meter la nariz en lo que no me importa.

—Pues te va a importar. Porque ahora te barrerán a ti, por haber fracasado...

No respondió. Pero su expresión resultó lo bastante gráfica como para pensar que no me había equivocado.

—¿Por qué has cambiado de coche? El de ayer era verdinegro.

—Me lo han cambiado. Y si hubiesen podido, me habrían cambiado de cara. Tenía que espiar sus movimientos, ¿no?

—Querrás decir los de la señora Surrey...

—Tanto da. Ella era el vehículo para llegar a usted...

—Bien, Madison. Pienso que estás en un buen lío...

Siguió un lapso de silencio. Madison parecía asustado e intrigado a la vez.

Y al fin, me preguntó:

—¿Quién es usted?

—Si te sirve de consuelo saberlo, te diré que un detective privado, con licencia. Incluso para matar...

Madison tragó saliva, produciendo un cómico gorgoteo.

Y yo dije entonces:

—Me buscabas, ¿no?

—Sí.

—Ya me has encontrado. ¿Para qué me buscabas? Parece que tienes que hacerme una proposición.

—Es muy sencillo. Debe devolverme usted el sobre que dejé en su coche equivocadamente. Y la «pasta»...

—Sabes bien que no he tocado la «pasta», granuja. Ignoro dónde está y, aunque lo supiera, no iría por ella. En cuanto a la señora, tampoco siente el menor interés por ese dinero.

—Sí, claro... No lo han ganado...

—Y no estamos dispuestos a «ganarlo», supliendo a Surrey...

Tras un breve lapso de silencio, pregunté al fulano aquél:

—¿Y si te devuelvo el sobre, me vais a dejar en paz?

—Si se compromete a olvidarlo todo, seguro que le dejaremos en paz. Porque usted ha visto de qué se trataba.

—¿Y yo me voy a creer eso? ¿De verdad piensas que soy estúpido?

—Son las instrucciones que he recibido: «Que lo devuelva, y todo olvidado». Usted no puede hacer nada contra los de «arriba»... ¿Para qué se va a mezclar en algo en que no va a ganar nada, y lo puede perder todo?

—El razonamiento es bueno. Pero vosotros, no. Cuando lo devuelva, intentarán eliminarme... Hasta es posible que te hayan dado el encargo a ti.

Negó con un movimiento vivo de cabeza, pero la mirada le traicionó.

—Yo no soy un matón. Ni siquiera tenía idea de que Surrey lo fuese.

—Sí, ya te he dicho para qué llevabas las armas, porque parece

que tú lo ignorabas...

—Según lo que sé, jamás se mata a nadie si no es por algo, para servir a algún cliente...

—Eso mismo dijo Surrey, en una ocasión. Pero a tu antecesor lo «barrieron». Y a ti te barrerán. ¿Por qué no van a hacerlo conmigo?

—Si usted cumple, no hay motivo...

—Me dan ganas de escupirte, por imbécil. O tal vez porque crees que lo somos los demás. ¿Ese trabajo te da bastante para vivir?

—Bueno, empiezo ahora... Espero que sí.

—¿Y te van a dar la «pasta» por nada?

Le amagué con un golpe, y al hacerse hacia atrás, tratando de esquivarlo, cayó.

De verdad que me dieron ganas de patearlo. Y otro tanto sucedió a Ethel, la cual dijo:

—Este individuo es basura pura...

—¿Qué era su George, me quiere decir? —gritó el individuo, exasperado.

Ethel se acercó a él y, antes de que nada ni nadie pudiera evitarlo, le cruzó el rostro de dos bofetadas que lo hicieron enrojecer.

Luego dijo, en tono tenso:

—George era basura, y por eso me aprestaba a divorciarme de él. Pero eso no quita para que usted sea lo mismo o peor.

Tras semejante respuesta, le clavó el tacón de uno de sus zapatos en el rostro, en mitad de la nariz, arrancando a Madison un aullido de dolor.

Seguidamente, Ethel me dijo:

—Si no terminas con él, pienso que seré yo quien lo haga. Le disparo; y luego me será fácil explicar que lo hice por allanamiento de morada y violencia, que fue en defensa propia.

Era algo evidente, que Madison no dejó de comprender.

Tal vez el granuja pensó que Ethel y yo nos habíamos puesto de acuerdo para hacer nuestro juego, y preguntó:

—¿Qué debo hacer? ¿Me lo quieren decir, de una vez?

Ethel me miró, como queriendo decir que me lo dejaba a mí. Y yo repliqué al granuja:

—No se te ocurra responderme que entraste en esa organización del crimen, por correspondencia. Eso está bien para ciertos estudios,

pero nada más. ¿Está claro?

Tardó en responder:

—Sí, está claro.

—¿Quién te presentó a la organización?

Madison no pareció dispuesto a responder. Algo así como si estuviese flaco de memoria.

Y lo estimulé con un golpe que, con el canto de mi mano derecha, le apliqué en el mismo centro de su bien desarrollado apéndice nasal.

Dio un brinco. E intentó golpearme con su cabeza en el estómago.

Yo estaba preparado para tal reacción, y lo frené primero con mi mano izquierda, y le apliqué a continuación mi rodilla derecha entre la boca y la nariz.

Emitió una especie de sordo gruñido, y cayó de bruces, de manera pesada, sangrando abundantemente por boca y nariz.

Me lamenté, dirigiéndome a Ethel:

—Te va a poner el suelo perdido.

—No te preocupes. Se lava con facilidad. ¿Qué te apetece? Porque hasta que vuelva en sí...

—Me apetecees tú —le dije galantemente.

—Pues, de momento, te vas a conformar con alguna cosa de beber. ¿Un café? Con este calor, es lo que me apetece, aunque parezca un contrasentido.

—No es un contrasentido. Vaya por el café. Como esos que tú sabes hacer.

Mientras la estupenda mujer se iba a preparar el café, yo atendí a Madison, restañándole la sangre y volviendo a sentarlo en el sillón, el cual levanté tras la caída.

—No seas estúpido, Gig. Estás en nuestras manos. Y por nuestra parte, nos jugamos demasiado. ¿O es que no lo comprendes?

Apenas si podía hablar, a causa del duro golpe; pero su mirada fue un poema de expresión.

Ethel, mujer al fin y al cabo, sentía un fondo de compasión por Madison y cuando trajo el café, dio una taza a nuestro maltrecho enemigo.

—Usted me cae tan mal como me caía George, pero una no es un tiburón —explicó la sugestiva viuda.

—Salta a la vista —dijo Madison, girando los ojos de forma cómica.

Había hablado con no poco trabajo, por la herida de la boca; pero había cierta gracia en su expresión. Y sobre todo, se podía notar en él un afán de hacerse simpático.

Mientras tomábamos la aromática infusión, parecimos olvidarnos de lo que nos traíamos entre manos. Pero apenas terminamos, hice comprender a Gig que había finalizado la tregua.

Y él, un tanto entonado ya, respondió a la pregunta que yo le había hecho:

—Se trata de una tal Diane Crane. Una chica que tiene clase, no vaya a creer...

Yo no conocía a la mujer cuyo nombre había dado Madison. Aquello podía ser cierto o no. Y me disponía a apretar en mi interrogatorio para que concretase, cuando miré a Ethel, la cual había fruncido el entrecejo.

Ethel dijo entonces:

—¿Diane Crane? Cabe en lo posible... Aún no me había casado con George, cuando ella mariposeaba en torno a él. Puede que hasta se acostasen juntos. Tal vez fue ella la que lo metió en el asunto...

Madison aprobó con un movimiento afirmativo de cabeza. Y dijo, aunque con cierta dificultad:

—Seguro que fue ella. A mí también me envolvió... La acompañé a lugares caros, me dejó en las últimas... Tuve que aceptar algunos préstamos; y para pagarlos...

Hizo una pausa y prosiguió:

—Pues tuve que aceptar este trabajo.

—¿Hace tiempo de eso? —pregunté.

—Bastante tiempo...

Tras haber dado su respuesta, se arrepintió. Pero yo había impuesto en nuestra conversación el ritmo que me convenía, precisamente con ánimo de sorprenderle y que no tuviese tiempo de reflexionar.

Así, podía considerar que aquélla era la verdad.

—¿Como cuánto tiempo, Madison?

—Pongamos que dos años —dijo, tras haberse dado cuenta de que había dicho más de lo que le había convenido.

—¿Y no has tenido otro contacto que Diane Crane?

—Puede creerlo...

—¿Eres casado?

—No... Puedo largarme, aunque ellos tal vez me busquen...

Consulté con Ethel. Ella sabía dónde podría encontrar a Diane Crane.

Y entonces dije a Madison:

—Pienso que eres hombre muerto, porque te buscarán... Pero debes hacer lo imposible por salvarte...

Aceptó mi idea.

Y yo proseguí:

—Puedes tomar el dinero que habías dejado para Surrey y largarte lejos. Si puede ser, a Cuba. No creo que vayan a buscarte allí.

—No me darán ocasión. Me deben tener vigilado —respondió Gig.

—Eso es cosa tuya...

—Voy desarmado...

—Te devolveré la pistola con el silenciador. Y el cargador... Pero no intentes volverte contra nosotros.

—No estoy loco. Puede que ni siquiera me detenga a recoger esos dos mil quinientos pavos...

—Me parece que estás en tus cabales...

A Ethel y a mí nos molestaba la vista de aquel sucio individuo. Así es que lo solté. Y le devolví, cuando ya estábamos en la puerta, la pistola, el silenciador de la misma y el correspondiente cargador.

Salió; y yo cerré la puerta a sus espaldas. Sin embargo, me quedé observando por la mirilla, mientras Ethel pasaba a situarse tras los visillos de una de las ventanas.

Una vez afuera, sin despegarse del chalet, buscando la protección que le ofrecía el marco de la puerta, Gig Madison cargó la pistola y le encajó el silenciador.

Seguidamente, tomó las llaves del coche en la mano izquierda. Y luego adelantó la cabeza para avizorar, tratando de saber si había alguien aguardándole.

Tras ello, abandonó el lugar, caminando con ligereza en dirección a la salida del jardín.

Se detuvo en ella y volvió a avizorar. Y salió a continuación.

Yo había pasado a situarme junto a Ethel, a la cual tomé de la

cintura, atrayéndola hacia sí.

Vimos cómo Madison llegaba hasta el coche y lo abría con una mano, manteniendo la pistola en la otra.

Y se disponía a entrar cuando surgieron dos hombres, armados a su vez de sendas pistolas.

Dispararon contra Madison, sin dar ocasión a éste a que se volviera.

Y cuando lo vieron caer, corrieron hasta otro coche que les aguardaba cerca de allí, con el motor en marcha.

Escaparon, sin siquiera dar ocasión a que yo abriese la puerta para salir en su persecución.

CAPÍTULO VII

Hice comprender a Ethel que ella y yo estábamos en la lista, justo después que Madison. Y por tanto, que nos había llegado el turno.

Se decidió a no perder tiempo y, después de poner algunas cosas en orden, accedió a salir conmigo por la misma puerta que yo había empleado para entrar: la de la cocina.

Teníamos mi coche cerca y, tras marchar yo delante en plan de descubierta, llegó ella.

Realizamos nuestro desplazamiento con perfecto orden, apoyándonos uno en otro.

Y pudimos ocupar en el coche nuestros respectivos asientos, sin que surgiera ningún asesino en busca nuestra.

Sin embargo, cuando ya el coche estaba en marcha, vimos dos individuos que, no pudiendo llegar a nosotros por la puerta principal del chalet, intentaban abordarnos por el lugar empleado para huir, cortándonos la retirada.

Los dos iban armados con sendas pistolas, provistas de silenciador.

Y apenas nos descubrieron, alzaron sus armas, disponiéndose a tirar.

Yo también me había preparado, e hice fuego contra uno de ellos. Y al propio tiempo pisé el acelerador, lanzando el coche contra el segundo de los fulanos.

Éste habría tenido tiempo de disparar, pero al ver que el coche se le echaba encima, vaciló.

Y precisamente fue eso lo que le perdió porque, antes de que tuviese ocasión de dar la vuelta o de esquivar, ya le embestía con el coche, el cual le dio de lleno, lanzándolo contra una pared.

Chocó brutalmente contra ella, y cayó luego pesadamente, según me informó Ethel.

Porque yo bastante había tenido con hacerme de nuevo con la dirección del coche, la cual había perdido por unos instantes.

—Temo que han muerto los dos.

—Pues debes alegrarte...

—Ha sido cerca de mi casa...

—Sí. Y de otras casas. Afortunadamente, con el calor, la gente se ha ausentado, y no creo que hayan testigos...

Seguidamente, le pregunté:

—¿Adónde quieres ir?

—¿Qué me aconsejas?

—Que desaparezcas hasta que esté todo resuelto.

—¿No puedo ir contigo?

—Demasiado peligro. Me buscarán, no te podré llevar siempre conmigo... Y podrían hacerte daño...

—De acuerdo. Llévame otra vez a casa de mi abogado. Le daré instrucciones. Y si es posible, saldré esta misma noche para la costa del Pacífico...

—Estupendo...

—¿Hay otra mujer en tu vida? —preguntó, de improviso.

—Mi vida está plagada de mujeres, particularmente de ancianitas —bromeé frívolamente.

—Ancianitas como yo, ¿no?

—De todas clases. Soy hombre de costumbres sencillas, no me gustan las complicaciones...

—Lo he comprendido inmediatamente —dijo Ethel, en un rasgo de humor—. Te he ofrecido la tranquilidad en la costa del Pacífico, y tú vas a meterte en la boca del lobo...

No le respondí.

En todas aquellas horas me había acordado, con harta frecuencia, de Evelyne, la sensacional rubia por la que me veía metido en todo aquel espinoso asunto.

Era la mujer que me iba; y no estaba dispuesto a renunciar a ella, aunque la tranquilidad estuviese en la costa del Pacífico.

—No respondes —insistió.

—El deber, pequeña. He sido feliz contigo... De momento, eso es todo, y no puedo ir más lejos.

Llegábamos a casa del abogado, y Ethel, que pareció resignarse, se apeó.

—Te deseo mucha suerte para el futuro —dije, con toda sinceridad.

—Yo a ti también. He sido feliz contigo, y me habría gustado prolongar esta felicidad...

—¿Quién sabe? Cuando regreses, escíbeme —dije, por decir algo.

Coloqué el coche en primera, y arranqué suavemente para darle ocasión a separarse de él.

Y cuando ya estuvo todo claro, salí poco menos que disparado. Mi próximo objetivo era Diane Crane, una pelirroja muy atractiva, según había podido colegir, de lo que Gig Madison había dicho.

Diane Crane poseía un salón de belleza que, según los informes de Gig y de Ethel, que habían coincidido, parecía que le daba bastante dinero.

Era difícil comprender cómo, teniendo un negocio, una mujer: joven y atractiva se metía en líos.

Porque Diane era seguro que estaba enfangada hasta la cintura, o tal vez más.

Cuando llegué al salón de belleza, me informaron de que la atractiva pelirroja había salido para Florida, aquel mismo día.

La atractiva chica, que había quedado de encargada, me informó también:

—Todos los años, por esta época, se larga. En Nueva York no hay quien pare, de calor. Las clientas se largan, y aquí no se hace nada. En cambio, en Miami es todo diferente...

La chica, que me había recibido en un coquetón gabinete, accionaba con gracia. De verdad que era una tentación porque, aparte lo bonito de su figura, llevaba poca ropa, y casi totalmente transparente.

—Pero tú te quedas en Nueva York —le dije.

—Hasta mitad de julio solamente. Y ya no regresaré hasta la primera quincena de setiembre... Si puedo servirle en algo...

Recibí la impresión de que lo decía con doble intención. Y le respondí:

—Como servirme, estoy seguro de que me podrías servir de mucho. Pero también yo debo ausentarme de Nueva York, pero en estos días. Y no tengo ni idea de cuándo regresaré.

Vi una fotografía de una pelirroja sensacional. Pensé que podía

ser Diane Crane.

Llevaba un vestido de noche, al cual casi se le podía llamar un «desnudo» porque, de cintura para arriba, apenas si por delante llevaba un trozo de tela de un palmo por lado. Y seguramente, nada por detrás.

—Es la patrona. Pero esa foto tiene ya sus buenos seis o siete años —dijo mi informadora.

—No me interesan las fotografías, sino los seres palpitantes, así como tú. Si regreso antes de que te largues de vacaciones, vendré a verte. Si no te molesta, claro.

—¿Por qué me había de molestar? Lo que molesta es que no hagan caso de una.

—Eso, a ti, deberá sucederte pocas veces...

La acaricié la barbilla. Y no quise comprometerme a más porque era mucho, y serio, lo que quedaba por hacer. Y debía conservar mis facultades al máximo.

Recordé lo que al respecto me había dicho Ethel, de su marido. Y me dieron ganas de reír.

La chica se sintió un tanto desconcertada, y hube de darle mi palabra de que mi risa no iba por ella.

Cuando salí, como hacía horas que no había comido, me metí en un bar; y me zampé un par de bocadillos, regados con buena cerveza. Y siguió un buen café.

Volvía a sentirme en forma cuando entré en la oficina de la agencia de detectives Argos.

Jimmy me saludó como de costumbre.

Pasé a la siguiente sala. Y sorprendí a Evelyne consultando un archivo. Estaba subida a la escalera, y llegué a tiempo para tomarla en mis brazos, tan pronto vi que se disponía a saltar.

Parecía enfurruñada cuando me dijo:

—Eres un falso. Has andado de aquí para allá con la tal Ethel Surrey.

—Era mi trabajo, rubia. La he dejado en manos de su abogado, y seguramente esta misma noche saldrá para la costa del Pacífico.

—¿Y lo sabe el jefe? —preguntó, reflejando alarma.

—Si es por el importe de nuestros honorarios, no hay cuidado. Me ha dado el dinero, y ha añadido una generosa propina para que te compre un regalo.

Me miró con Expresión desconfiada. Y preguntó a continuación:

—¿Tiene algo que agradecerme?

—Tú sabrás. Yo le he resuelto bastantes cosas. Y como le hablé de ti con entusiasmo, supuso que estaba enamorado... Y consideró que era más digno hacerme un regalo para ti que hacérmelo a mí.

—¡Vaya! Es una digna dama...

—Ya lo dije...

No quería volver a tocar el tema. Era peligroso, en particular, tratándose de una chica perspicaz como Evelyne. Y le dije, para variar de conversación:

—Pide un billete de avión para Nueva Orleans, en el primer vuelo que salga a partir de las diez...

—¿Por qué a partir de las diez?

—Recuerda que debemos cenar juntos. Invita el viejo, una vez que el asunto de Surrey ha terminado felizmente para la agencia...

—De acuerdo. El jefe quería hablarte...

Indicó, con el ademán, que podía pasar a la oficina privada de esa especie de tortuga reumática que era Allan Weyman.

Me recibió con una sonrisa, y yo me adelanté a decirle:

—Sí, me ha pagado.

—Magnífico, muchacho. Se gana dinero, se divierte uno, no se mata trabajando... ¿Hay quién de más?

—No seas irónico. Ahí va el importe de nuestros honorarios, líeme mi parte... Y lo de nuestra cena. Quiero reconciliarme con Evelyne. Usted ha sido tan indiscreto, que la tengo de uñas. Sospecha que me he acostado con Ethel Surrey.

—¿Y no ha sido así?

—Eso entra en el secreto del sumario. Yo me he limitado a dar el informe que nuestro cliente necesitaba...

En aquella ocasión, el viejo, que había pasado sus apuros, se mostró más generoso que de costumbre.

Y yo me despedí de él, haciéndole ver que tenía algo importante que llevar a cabo, y que tardaría unos días en estar de regreso.

—¿La viuda ésa, Pat? Tenga cuidado, muchacho —dijo paternalmente.

Le hice comprender que no era así.

Y quedamos citados para la hora de cenar. Porque él quería venir con nosotros, aunque pensaba esfumarse a la hora del baile.

Evelyne me había conseguido billete para el vuelo que salía alrededor de la una de la madrugada.

Así es que, poco después de las doce y media, la dejé en su apartamento, tras haber bailado hasta poco antes.

Dejé mi coche en el garaje en que lo guardaba habitualmente. Y preferí tomar un taxi para llegar hasta el aeropuerto.

Estaba cansado, tenía sueño. Y había decidido aprovechar el viaje para dormir.

Y fue lo que hice, apenas el avión se elevó, poniendo proa hacia el Sudoeste.

Dormí tan profundamente que hubo de despertarme una linda azafata, la cual me dijo:

—Hemos llegado, señor. Puede desabrocharse el cinturón...

Me había dormido con el cinturón ajustado, y había realizado el largo desplazamiento, con él puesto.

Me reí de mí mismo. Y la azafata me acompañó en la risa.

Me libré del cinturón. Y mientras me desperezaba, vi que los viajeros abandonaban el avión.

Me despedí de la azafata. Y me situé el último en la hilera que formaban mis compañeros de viaje para descender.

Recogí mi equipaje, que no tenía nada de voluminoso. Y seguí, con otros viajeros, hacia la salida del aeropuerto.

Había gente esperando a los que llegábamos. Poca, muy poca.

—Experimenté una gran sorpresa al descubrir, entre los que aguardaban, a Diane Crane. Era ella, la misma de la foto, no había duda alguna. Aunque, en esta ocasión, llevaba algo más de ropa que cuando se había hecho la fotografía.

Su encargada tenía razón. La foto databa de cinco o seis años, como poco. Y no es que Diane Crane hubiese envejecido prematuramente, no; pero se notaba el paso de los años.

Uno de los viajeros se reunió con ella. Era un individuo que me recordó a George Surrey, del cual había visto en su casa alguna fotografía.

¿Qué hacía allí Diane Crane cuando, según su encargada, debería estar en Miami? ¿Y quién era aquel fulano que se había reunido con ella?

Por la forma en que se habían tratado, no parecía su amante, sino más bien una especie de servidor.

Y era un tipo frío, seguro de sí, como debía ser George Surrey y toda aquella plaga de matones, capaces de suprimir a un ciudadano cualquiera, por cuatro o cinco mil dólares.

Pero no se habían agotado las sorpresas para mí, en aquella fresca y naciente mañana.

Evelyne Swanson me estaba aguardando a mí. La vi sonreír con graciosa picardía.

Asombroso, ¿no?

CAPÍTULO VIII

No le hice pregunta alguna. La tomé del brazo y prácticamente la obligué a correr para acercarnos a Diane Crane y a su acompañante, los cuales nos habían tomado bastante ventaja.

Iba yo a tomar un taxi, cuando Evelynne me dijo:

—Tengo allí un taxi. Apenas hace media hora que he llegado. Aproveché un vuelo «chárter», que salía antes que tu vuelo regular.

—Gracias... —dije con ironía.

—Nueva Orleáns es un buen lugar para amarse, ¿no? —me preguntó.

—Sí. Y también es un buen lugar para morir.

—¿De amor? —se preguntó con ingenua expresión.

Y antes de que yo le pudiese responder, prosiguió diciendo:

—No creo que ni tú ni yo lleguemos a tanto. Y eso que te quiero a fondo...

La verdad es que yo no hacía demasiado caso al parloteo de mi acompañante, por la cual me dejé conducir hasta el taxi que nos aguardaba, porque era el mismo camino que seguía la pareja compuesta por Diane Crane y el individuo, que había viajado en el mismo vuelo que yo.

El coche de Diane estaba estacionado cerca de nuestro taxi. Cuando lo comprendí así, me hice el remolón, al desplazarme.

Vi que Diane abría el maletero de su coche, sacaba de él un estuche de regulares dimensiones, y lo entregaba al recién llegado.

En aquel estuche cabía muy bien un arma larga y desmontable.

Lo cual significaba que tal vez era aquel individuo el que debía suplir a George Surrey.

Diane y el individuo se separaron tan pronto él tuvo el estuche en su poder.

La mujer, cerrado el maletero, pasó a ocupar su asiento, tras el volante.

Y el individuo se dispuso a tomar un taxi.

Diane fue la primera en salir, en su coche.

Mi compañero de viaje dio al del taxi el nombre de un hotel para que le llevase hasta él.

Evelyne había subido al taxi y, antes de que diese orden alguna al taxista, le di yo el nombre del mismo hotel al cual debería ir el hombre que había llegado al mismo tiempo que yo.

Arrancó primero el otro taxi, e inmediatamente después salió el nuestro.

Y Evelyne dijo en tono bajo:

—Yo habría preferido otro hotel.

—No te exijo que te quedes en el mío. Es más; debiéramos guardar las apariencias, así es que puedes ir tú a otro...

—¿Las apariencias? No me hagas reír. Todos sois iguales...

—¿Cómo lo sabes? ¿Es que tratas muchos hombres?

—No me fastidies...

Hizo una breve pausa, y preguntó a continuación:

—¿Se puede saber qué diablos te traes entre manos?

Me hice el sordo. Y pregunté:

—¿Cómo es posible que me hayas adelantado? Sí, ya sé que tu avión salió media hora antes que el mío...

—Mientras llevabas tu coche al garaje, yo viajaba en taxi hacia el aeropuerto. Gané justo la media hora que necesitaba.

—¿Por qué?

—Me dejaste con la miel en los labios. Y pensé que Nueva Orleans...

—Sí, es un buen lugar para amar —interrumpí.

—Exactamente. Y no temas. Nos inscribiremos como matrimonio, si te parece bien. O tomamos habitaciones diferentes. No te voy a exigir que te cases conmigo.

—Tenemos mucho trabajo, rubia. ¿No querías saber lo que me traigo entre manos?

No respondió a mi pregunta. Pero preguntó a su vez:

—¿Quién es la mujer que esperaba al individuo ese que seguimos?

—Tiene un salón de belleza en Nueva York. Y otro en Miami, según me han informado.

—Eso no me dice nada...

—De acuerdo... Tengo la sospecha de que esa mujer tiene bastante que ver con esa organización que se dedica a servir asesinos a quien los necesita.

Sentí que se estremecía. Sin embargo, no estaba asustada.

—Hice bien en precederte. Me vas a necesitar, estoy segura... Y ahora comprendo por qué dijiste que también era una buena ciudad para morir.

—Estás sensacional, rubia. Y además, eres inteligente...

—Una mala mezcla, ¿no?

—En absoluto...

Llegábamos al hotel. Delante de nosotros se había detenido el individuo que yo suponía un matón.

No temamos por qué escondemos de él, sino todo lo contrario. Había que dar sensación de normalidad.

Y prácticamente, penetramos en el hotel al mismo tiempo. Dejé que nos precediese.

Y así pude saber que se llamaba Jack Prentice. Al menos, se había inscrito con tal nombre.

Dejé actuar a Evelyne, la cual pidió una habitación para ella y otra para mí.

Y se inscribió como mi secretaria.

A mí me hizo nada menos que industrial, así, sin especificar. Y como domicilio mío dio el de la Agencia Argos en Nueva York, mientras que ella dio el suyo particular.

Todo lo realizó con la mayor naturalidad, demostrando que poseía suficiente imaginación para poder ir sola por el mundo.

Cuando ya se retiraba Prentice, después de haber dado instrucciones, ella me preguntó:

—¿Me va a necesitar, jefe?

—No, hasta mi regreso, que siempre será cerca del mediodía. Así es que puede usted dormir lo que quiera.

—¿Usted no va a dormir?

—No. Me tumbaré un rato, me ducharé, almorzaré y saldré. Debo ver a uno de nuestros clientes.

—Claro, usted ha dormido. Pero yo...

—Usted temía que se le escapase Nueva Orleáns. Pues ya ha visto que no se le ha escapado.

Reímos, y nos acompañó el empleado de recepción. El cual tomó

nota para llamarla a ella a las once y media de la mañana.

Seguidamente, pasé a mi habitación, situada en la primera planta, a uno de los extremos de la misma, precisamente junto a la habitación que le habían dado a Prentice.

La habitación de Evelyne, según le dijeron, estaba situada en la segunda planta, en el centro de la misma.

Una vez llegué a mi habitación, puse atención a los movimientos de Prentice, el cual me dio la impresión de que se acostaba, a poco de llegar.

Y yo cumplí mi programa, comenzando por tumbarme para, en tal cómoda posición, dar un repaso al informe y las fotografías que poseía sobre Mark Carroll.

Cuando hube terminado, me duché y me cambié de ropa. Y seguidamente, bajé a desayunar, no, sin antes haber escuchado los ronquidos de Prentice.

Terminado el desayuno, consulté la hora.

Debía ponerme ya en movimiento, comenzando por acercarse al domicilio particular de Mark Carroll. Sí, la víctima que le había sido asignada a George Surrey.

Llegué a tiempo de ver salir a Carroll de su domicilio y subir a su coche. Recibí la impresión de que éste era blindado, a prueba de balas.

Carroll llevaba dos guardaespaldas, los cuales se movían con precisión, protegiendo al ricachón continuamente con sus cuerpos. Incluso, dentro del automóvil.

Además del automóvil, en una moto, se situó otro guardaespaldas, el cual cubría perfectamente a los del coche, en torno a los cuales podía maniobrar con toda facilidad.

Aquello constituía un auténtico despliegue, que debía costar bastantes dólares. Lo cual significaba que Carroll era un personaje importante.

Por lo que de él había leído en el informe que me habían dado equivocadamente los de la sociedad de asesinos, yo sabía que darle muerte no sería tarea fácil.

Pero cuando comprobé la clase de precauciones que tomaban, cómo se le protegía, llegué al convencimiento de que matarlo iba a ser bastante difícil.

Sin embargo, existían pequeños fallos. Por ejemplo, a las diez de

la mañana aproximadamente, Mark Carroll dejaba su oficina y se iba al club, a jugar al golf.

Seguidamente, se zambullía en la piscina del mismo club. Y finalmente, almorzaba.

Pues bien, tanto en el campo de golf como en la piscina, se le podía atacar desde lejos. Tenía que ser un tirador de excepción. Pero de ésos hay bastantes.

Lo era George Surrey. Y posiblemente, lo sería el tal Prentice.

Tras el almuerzo, fue Carroll a echar un vistazo por un almacén, en uno de los muelles de mercancías. No lo hacía a diario, pero sí con cierta frecuencia.

Allí no habría resultado demasiado difícil darle caza. Pero el que lo luciera, posiblemente tendría que dejarse la piel.

Plan no muy aceptable para uno de esos asesinos a sueldo.

Be los muelles de embarque volvía a su oficina. Y dedicaba una hora aproximadamente a recibir visitas.

Era algo que constaba en el informe. Y decidí probar a ver si podía ser recibido por él.

Imaginé que debía pasar un severo control, tratándose de un desconocido. Pero como no llevaba armas encima, lo peor que podía suceder era que no me diesen acceso para verle y hablar con él.

Tuve suerte, porque aquel día Mark Carroll no tenía más que una visita programada. Fue una visita breve.

Y accedió a recibirme.

No me cachearon. Pero pasé por un control electrónico, que habría denunciado la presencia de cualquier arma u objeto metálico que pudiese causar daño.

Lo pasé sin novedad.

Tras el control, vino otra especie de secretario, con más aspecto de guardaespaldas que otra cosa.

—¿En dónde tiene instalada su industria?

—En Nueva York. Industria conservera —mentí descaradamente.

Uno de los negocios, reales o aparentes, de Carroll, eran los laminados, incluidos los que se empleaban en la industria conservera.

El hombre replicó con una especie de gruñido. Y al fin, pasé a presencia de Carroll.

Alto, recio, daba la sensación, por su aspecto, de ser un animal de presa. Entre rubio y pelirrojo, llevaba el pelo corto y tenía las mandíbulas cuadradas.

Debía frisar en los cincuenta, sin llegar a ellos.

Su diestra era una especie de zarpa. Y no hizo crujir mis huesos, al darnos la mano, porque la mía era tan recia como la de él.

A Carroll le gustaba hacer sentir su fuerza. Al contrario que a mí.

Por eso notó que yo sonreía levemente, al recibir su apretón de mano.

—Siéntese, amigo Shisley... ¿Qué le trae por aquí? —preguntó.

Para dar mi apellido, hubo de dirigir su mirada al papel en donde se lo habían escrito.

—¿Por qué quieren asesinarle, Carroll?

Su sonrisa se desvaneció. Me miró seriamente. Y habría llamado al timbre de alarma de no darse cuenta, por mi actitud, de que yo no era un asesino. Y que no estaba allí, tampoco, por simple curiosidad.

Tras un corto lapso de silencio, preguntó:

—¿Quién es usted, Shisley? Su nombre no aparece entre los conserveros de Nueva York ni de sus estados limítrofes.

—Deportista, antes que estudiante. Practico el deporte para poder estudiar. Y atravieso un momento de baja forma, a causa de una lesión.

—Eso suena a verdad.

—Lo es. Una vez que me ha recibido, ¿para qué mentir?

—No será periodista, ¿verdad?

—Ni siquiera como aficionado. Y mi pregunta no es una pregunta tonta, ni la hago por mera curiosidad.

—No tengo más remedio que creerle.

—Hace sólo un par de días, alguien se equivocó.

Y dejó en mi coche una serie de datos, referentes a usted. Datos que va a ver, junto con unas fotografías.

Y una orden de asesinato...

Resopló con fuerza. Luego movió la cabeza en sentido negativo. Y dijo:

—No lo comprendo.

—Eso es cosa suya. He venido a avisarle. Y pienso que he tenido

suerte.

—¿En qué sentido?

—Antes de seguir hablando, quiero que vea el informe y las fotografías, así como la orden... Luego, seguiremos la charla. ¿Me permite?

—¿Qué debo permitirle?

—Que saque de mi bolsillo el informe. No quiero que interprete que puedo intentar sacar un arma.

—No lleva armas. Ha pasado usted un control...

—Eso creo. Pero como los controles tienen sus fallos, he querido que usted se asegurase.

Mientras hablaba, saqué el sobre que, destinado a George Surrey, había dejado en mi coche Gig Madison.

CAPÍTULO IX

Mark Carroll tomó el sobre, con mano firme. Lo abrió, esforzándose en disimular la natural ansiedad que experimentaba.

Y sacó las fotografías y el informe.

Miró primero las unas, y leyó a continuación el otro. Lo hizo detenidamente, queriendo penetrar en lo que se pudiese decir entre líneas.

Dejó fotos e informe, los cubrió con la mano izquierda y me preguntó a continuación:

—¿Cuánto?

—No he venido por dinero.

Expliqué, sin mencionar el hecho de que yo trabajaba como detective privado en nombre de la agencia Argos, la serie de circunstancias que se habían dado para que el sobre llegase a mis manos. Y el hecho de que el matón que le habían asignado, hubiese muerto en accidente.

—Pero luego han designado a otro, ¿no?

—Eso pienso, y por eso he venido a avisarle. De saber que ellos habían desistido, no me habría movido de Nueva York.

—Me ha podido avisar por conferencia...

—No estoy seguro de que me hubiese creído. Aún con eso a la vista, tendrá sus momentos de vacilación.

—¿Por qué?

—El mundo de los negocios en que usted se mueve, debe ser muy complicado. Y podrían emplear «eso» como truco para obligarle a ceder en algo, de lo que yo no tengo ni idea.

—¿Qué estudia, Shisley?

—Leyes.

—Será un buen abogado. Cuando termine, si no tiene nada mejor, me gustaría que viniese a verme.

—Gracias. No le digo que no acepte la idea como buena.

Inicié un movimiento para ponerme en pie, dispuesto a marcharme.

—Por favor —pidió—. Ya que ha sido tan amable...

—Le interesa conocer al matón designado...

—Pues sí, me gustaría.

—No puedo asegurarle que sea como digo. Pero le daré unos informes verbales.

Sin citar nombres, le hablé del papel que, según se suponía, desempeñaba Diane Crane en la organización del crimen. Y del hecho de que Diane, en lugar de estar en otro lugar donde poseía un negocio, estuviese en Nueva Orleans, y hubiese ido a recibir a mi compañero de viaje.

Le hablé asimismo del estuche y demás circunstancias que se habían dado.

Y dije, al fin:

—Eso es todo.

—Gracias... Usted, Shisley, me ha regalado eso, que estuvo a punto de costarle la vida. Ha viajado hasta Nueva Orleans y ni el billete del avión ni el hotel, se lo han regalado. Me permitirá que, al menos, pague sus gastos. Y aun así, me sentiré en deuda con usted.

—Eso es razonable, Carroll —dije yo, no queriendo extremar las cosas.

Parece que el hombre conocía precios, porque recibí la impresión de que calculaba mentalmente.

Y me preguntó:

—¿Va a estar mucho tiempo entre nosotros?

—Debo irme cuanto antes. Ya sabe, mis estudios.

Puede que me vaya hoy mismo, todo lo más tarde, mañana...

—¿No le interesa Nueva Orleans?

—Volveré, con tiempo.

—Pues no olvide venir a visitarme.

Seguidamente, dijo:

—Así pues, ¿su medio de vida es el deporte?

—De momento, sí. La pelota base...

—¡Claro! He oído su nombre en bastantes ocasiones...

Sonrió, dando la sensación de que se sentía mejor, al poder concretar mi identidad.

Él había calculado la cantidad que me debía dar por viaje de ida

y vuelta y gasto de hotel. Supongo que hizo luego un generoso redondo.

Y tomó de la cartera unos billetes, los cuales me entregó, dándome las gracias de nuevo.

—Esto es algo personalísimo. Y no tiene por qué figurar en los libros de mi negocio —dijo.

Sonreí, considerando que era lo justo.

Y él me alargó su diestra, que estreché con naturalidad, sin permitir que su fuerte presión surtiese efecto sobre mis huesos.

—Le deseo una buena estancia entre nosotros. Y mucha suerte.

—Gracias. Yo también le deseo suerte. Todos la necesitamos un poco.

Ambos nos habíamos puesto en pie. Y recibí la impresión de que intentaba medirse conmigo, idea que me hizo sonreír.

Pulsó Carroll un timbre; y volvió a hacer acto de presencia el mismo secretario que conocía ya, al cual dijo:

—Haga el favor de acompañar al amigo Shisley. Si por cualquier causa volviese a visitarme, que no se le haga esperar más de lo preciso.

El hombre se inclinó para dar a entender a su patrón que sería obedecido.

Cuando se cerró la puerta de la oficina privada de Carroll a mis espaldas, me pareció oír que mi visitado establecía ya comunicación telefónica con alguien.

Y de verdad que me hubiese gustado saber con quién. Y qué era lo que hablaban.

Pero eso era algo que me estaba vedado, por el momento.

Muy poco después, ya estaba yo de nuevo en la calle. Hacía calor.

Consulté mi reloj. Evelyne estaría ya aguardándome, a menos que se le hubiese ocurrido salir de compras.

Como fuese, llamé un taxi, a cuyo conductor di la dirección del hotel donde la sensacional rubia y yo nos hospedábamos.

No había salido de compras. Me aguardaba.

Y daba la sensación de que había descansado bien porque resplandecía de hermosura y de limpieza.

—No hay otra comparable a ti —le dije, a la vez que me acercaba.

—Cuidado, jefe. No debe entusiasmarse. Recuerde que soy su secretaria.

Se había puesto en pie para que su figura tomase el debido relieve, y señaló un gracioso juego de caderas, que resultó estremecedor.

—No provoques, secretaria, porque puedo perder los papeles. Tengo hambre, y una rubia como tú es lo que me va.

—Eso se lo dices a todas...

—¿Almorzamos?

—Es una buena idea. Tengo hambre.

Nos sentamos a la mesa. E inmediatamente, comprendí que ella tenía algo que decirme.

Iba a comenzar, cuando vimos entrar en el comedor a Jack Prentice.

Me dio la impresión de que venía de la calle.

El hombre era de movimientos reposados, y parecía seguro de sí. Su mirada resultaba fría, como si lo que le rodeaba le resultase indiferente.

Pasó cerca de nosotros. Y fue a sentarse ante una mesa situada en un rincón, de espaldas al mismo, como si experimentase la necesidad de sentirse a cubierto de cualquier ataque.

Aquello me recordó una gata, la cual iba a comerse sus presas debajo de una escalera, lugar al que, si algún otro animal le quería quitar su comida, debería entrarle de frente.

Una vez sentado, Prentice recorrió, con su mirada fría, como perdida, la sala. Detuvo la mirada unos momentos en nosotros, como si nos hubiese reconocido.

Seguidamente, llamó a uno de los camareros que hacían el servicio del comedor.

Por nuestra parte, comenzaron a servirnos. Y tan pronto empezamos el almuerzo, entre bocado y bocado, dijo mi rubia:

—¿Qué tal te ha ido con Carroll?

—Bastante bien. Ha pagado mis gastos de viaje y estancia en Nueva Orleans.

—¿Y los míos?

—No le pedí nada. E ignora que estés aquí conmigo. Pero ha sido generoso, ha calculado muy por encima.

—No te has aprovechado, vaya.

—No.

—Solamente te aprovechas de las mujeres. De Ethel, por ejemplo.

—Ethel pagó al jefe lo que debió pagar Surrey.

—Sabes bien que no me refiero a eso...

Clavó uno de sus tacones en uno de mis pies. Y no me di por enterado, a pesar de que me hizo bastante daño. Era lo que le fastidiaba.

—Tenías algo que decirme, ¿no?

—Sí. Mark Carroll se ha levantado de la nada. Es un animal de presa...

—Eso resulta evidente, apenas se le ve. Lo de que es un animal de presa. Lo otro, se adivina —dije yo.

—Eres muy inteligente.

—¿De qué más te has podido enterar?

—No siempre ha jugado limpio. Más bien se podría decir que no ha jugado limpio jamás —añadió Evelyne.

—Es algo que he supuesto, después de ver actuar a sus guardaespaldas —dije yo.

—El negocio en que se ha apoyado para su ascensión, al menos aparentemente, han sido las chatarras. Ferrosas y no ferrosas.

—Un buen negocio, particularmente en determinadas épocas...

—¿Como cuándo?

—Guerras y postguerras...

—Guerras no faltan nunca —apuntó la rubia.

—Exactamente. Las guerras representan buenos negocios para alguna gente. ¿Puede que Carroll sea uno de ellos?

—Puede. Pero tal vez lo sean más las postguerras.

—¿Qué te hace pensar tal cosa?

—Parece que el desguace de buques le ha producido grandes beneficios. Particularmente, buques de guerra —anunció la rubia.

—¿Conexiones comerciales? —pregunté yo—. No me interesaba demasiado lo de los desguaces.

—Embarca bastante material para África. Máquinas y herramientas para el carneo.

Hasta el momento, no veía yo cual podía ser la causa de que le quisieran borrar del mundo de los vivos. Porque ni la maquinaria agrícola ni la chatarra se prestaba a grandes enjuagues,

particularmente, la maquinaria, en la cual existía gran competencia.

—¿Competidores conocidos? —pregunté.

—Estuvo asociado con la firma Arnold Martin, e lucieron juntos bastantes negocios. Luego Arnold Martin se estableció aquí. Y Mark Carroll ha puesto oficinas en Nueva York y Washington...

—¿Arnold Martin trabaja en chatarras? —pregunté.

—No. Ni en laminados. Pero sí trabaja en maquinaria y herramientas para la agricultura. Clientes en África y en América latina —informó Evelynne.

—Eso nos va acercando, rubia. ¿Cómo has logrado tanto?

—Me levanté poco después de las diez. No podía seguir durmiendo. Y a las once, ya estaba trabajando. Parece que he tenido suerte.

—La has tenido.

Sonrió con expresión de picardía y dijo:

—Más de la que imaginas. He localizado a Diane Crane. Asistirá esta noche a un desfile de modelos, en un céntrico hotel. Tengo la impresión de que Carroll estará también allí.

—¿Y qué sabes de nuestro amigo Prentice?

—Nada. Me hubiese gustado entrar en su habitación, cuando ha salido, para enterarme de lo que podía contener el estuche que le entregó la Crane a la salida del aeropuerto. Pero la verdad es que no me he atrevido.

Era una buena idea. Sólo necesitaba una ocasión para llevarla a cabo. Porque yo sí me atrevería.

Después del almuerzo, se retiró a su habitación.

Evelynne y yo salimos a dar un paseo.

Paseo que hicimos unas veces juntos, otras por separado, según nuestra conveniencia del momento.

Y pudimos comprobar que Mark Carroll hacía viajar su coche según era habitual a aquellas horas, por los mismos lugares de siempre.

Pero él no iba. Y ocupaba su plaza uno de sus empleados, cuyo aspecto físico tenía cierta semejanza con él, visto desde lejos, y a través de los cristales de un coche.

Mark Carroll, con sólo un guardaespaldas, que no era de los que le acompañaban corrientemente, tomó un taxi.

Un taxi que le dejó en el hotel en donde se hospedaba Diane

Crane.

Como una de las misiones de Evelyne, en aquella tarde, era vigilar discretamente a Diane, y yo me había encargado de Carroll, resulta que coincidimos cerca del hotel.

Pasamos al bar del mismo, situándonos en un lugar desde el cual podíamos ver a Diane Crane.

Ella esperaba a alguien.

Y ese «alguien» era, precisamente, Mark Carroll.

La verdad es que en este revuelto mundo, ya nada nos podía sorprender.

Mark Carroll y Diane Crane se sentaron uno frente a otro, y comenzaron a charlar.

La apariencia era normal; daban la sensación de ser viejos conocidos y de estar tratando un negocio normal.

Claro que Mark Carroll no tenía por qué saber que era Diane Crane la que, según mis sospechas, dirigía la operación «asesinato», dirigida precisamente contra Carroll.

Pero ¡diablos! Carroll no tenía nada de tonto. Y, posiblemente, tenía su propio servicio de informadores.

Mi rubia, en aquella ocasión, y en tono desusado, me preguntó si no seríamos nosotros los que estábamos haciendo el tonto.

Y me propuso retirarnos a nuestro hotel, a pasar las últimas horas de calor de aquella tarde.

Acompañó la proposición de una insinuante sonrisa. Y acepté.

CAPÍTULO X

Evelyne se había inscrito como mi secretaria. Así que, cuando nos retiramos al hotel a pasar el resto de la tarde, fuimos a la habitación que yo ocupaba en el primer piso, junto a la de Prentice.

El supuesto matón estaba en la suya, a juzgar por los rumores que nos llegaron de la misma. Y como Evelyne y yo no teníamos ningún trabajo que realizar, decidimos emplear el tiempo en amarnos.

Era, y sigue siendo, una mujer deliciosa. Precisamente, la que iba a mi temperamento.

Dormía ella, y me había vuelto a vestir yo, cuando oí ruido en la habitación que ocupaba Prentice. El hombre salía, en aquel momento.

Salí detrás de él, comprobé que se alejaba del hotel y volví atrás.

Pero en lugar de entrar en mi habitación, entré en la suya.

Mi primera mirada fue para el estuche que estaba a la vista, encima de una silla.

Me había puesto guantes para no dejar huellas. Y en lugar de abrirlo e inspeccionarlo allí mismo, lo tomé y salí con él, pasando a mi habitación.

Mi rubia había despertado y, al darse cuenta de que volvía a entrar, se incorporó en la cama, cubriendo pudorosamente con una sábana sus bellas desnudeces.

Cerré la puerta con el mayor sigilo, y me acerqué a la cama, en donde descansé el estuche.

—Pienso que me gustaría casarme contigo —dijo la rubia.

Di un respingo. Y dije rápidamente:

—Estás con ganas de broma, ¿no?

Rió alegremente y dijo:

—No eres tan tranquilo como pareces. No debes preocuparte. Pienso que si alguien salía perdiendo con ese matrimonio, sería yo.

Los hombres tiranizáis a las mujeres.

—Estoy de acuerdo contigo. Por eso mismo no quiero casarme... Me duele tener a mi lado seres que se sientan desgraciados...

—Celebro que seas tan comprensivo.

Saltó de la cama, a la vez que decía:

—Voy a ducharme, mientras revisas eso. Ya sabes que debes tener cuidado con las armas. A veces, las carga el diablo...

Yo había comenzado a manipular el estuche, el cual abrí con facilidad, sin necesidad de forzar nada.

Y tanto ella como yo nos quedamos de una pieza. El estuche no contenía ningún arma, sino dos instrumentos musicales.

Rió Evelyn alegremente, al ver reflejado en mi rostro el máximo desconcierto.

—Bien, hombre —dijo en plan de consolarme—. Hemos fracasado en esto, pero lo estamos pasando bien, y sin que nos cueste un dólar. ¿O no?

—También tienes razón.

Sin embargo, aquello no me gustaba nada. No creía que los movimientos de Diane fuesen gratuitos, ni que Jack Prentice hubiese volado en avión desde Nueva York, sólo para tomar parte en un concierto en Nueva Orleans.

Dejé a Evelyne en la ducha, y yo pasé de nuevo a la habitación de Prentice, en la cual deposité el estuche, tal como lo había encontrado.

Cerré luego con el máximo cuidado. Y volví a mi habitación, pues la rubia se hallaba aún en la ducha.

Me asomé para preguntarle:

—¿Te gustaría asistir esta noche al pase de modelos? Cenaríamos allí.

—Pero eso es caro...

Me recreé en la contemplación de su desnuda belleza, y pregunté a mi vez:

—¿Acaso no mereces tú eso y mucho más?

—Eres un sol de chico. Adelante. Cuando vengas, estaré vestida. Aunque ya sabes que mi vestuario no es el más acorde para asistir a un lujoso lugar como éste.

—Tranquila. No habrá otra como tú en toda la sala.

Salí apresuradamente porque Evelyn era una auténtica

tentación.

Resultaba fascinante, para una modesta empleada neoyorquina y para un estudiante y deportista en baja forma, reunirse en una cena, en un lujoso hotel, con lo más rutilante de la adinerada sociedad de Nueva Orleáns.

Digo la más adinerada, no la más noble o la más culta y refinada.

Sensacionales escotes, bellas espaldas al aire, largas cabelleras rubias o morenas, o pelirrojas, cuajadas de deslumbrante pedrería.

Eso, en las mujeres, junto con las más bellas sonrisas. En los hombres, sonrisas también, pero más políticas que naturales. Y sobriedad en la manera de vestir, en contraste con el despliegue de la fantasía de los sofisticados vestidos —es un decir— femeninos.

Naturalmente, mi rubia descollaba entre todos. Por su prestancia y su belleza; y más aún, por lo sencillo y normal de su ropa.

Ella, tan despreocupada normalmente por su vestuario, llegó a sentirse en vilo, no por vergüenza, sino porque, en un momento dado, llegó a constituir el centro de las miradas de muchos de los hombres que se hallaban en la sala.

No me extrañó que Mark Carroll se fijase en ella. Y que, por ella, me descubriese a mí.

Más que verla, intuí su sonrisa. Y no nos reconocimos, ni siquiera poco después, cuando se cruzaron nuestras miradas.

A su mesa había gente importante de otras latitudes, a juzgar por la manera de vestir y de conducirse, todo dentro de la más exquisita corrección.

Pero yo había visto tipos de aquéllos en Nueva York, en la sede de las Naciones Unidas.

Tanto algunos países de Asia como de África y América latina, estaban representados en la mesa de Carroll.

No lejos, en otra mesa, se hallaba Diane Crane. Ambos se habían saludado, pero sin cordialidad alguna, y sí muy políticamente.

En la mesa de ella había otra clase de gente, en la que abundaban las mujeres y alguna representación del mundo del arte y la literatura.

Todo aquello, para mí, en aquel momento, parecía no tener sentido. O tal vez tenía demasiado.

Mientras se cenó, se conversó discretamente.

Y terminada la cena, se siguió conversando, entonces con más animación mientras se iniciaba el desfile en dirección a la sala en donde se había instalado la orquesta y se debía llevar a cabo el pase de modelos.

Yo me había dado cuenta de que la vida de Mark Carroll estaba protegida, también allí dentro, por sus guardaespaldas, en funciones de camareros, que vigilaban sin hacer nada.

Y me pregunté cómo podrían vigilar en la sala en donde se debía llevar a cabo el desfile.

Evelyn y yo no teníamos prisa alguna. Y preferimos quedarnos prácticamente solos para hacer nuestros comentarios y comunicamos las impresiones que habíamos recibido.

Y hubo una pregunta de mi rubia, que me hizo pensar bastante.

—¿Crees que esos señores que rodean a Carroll están interesados en sus máquinas agrícolas?

—¿Y por qué no? Tal vez pertenecen a determinadas comisiones comerciales de sus respectivos países. A algunos de ellos los he visto por los alrededores del edificio de la ONU.

—Y yo también. Ya sabes que me intereso por la política internacional y, siempre que puedo, consigo alguna invitación para asistir a las reuniones...

Era cierto, porque yo le había proporcionado más de una.

Mi rubia prosiguió:

—Hay miembros de representaciones comerciales, que se preocupan más del armamento que de las máquinas agrícolas. Y no siempre por cuenta de sus gobiernos.

~ Era un hecho cierto.

—Pero eso sería contrabando —señalé yo.

Evelyn afirmó con un simple movimiento de cabeza.

Y dijo a continuación:

—Si supiéramos cuál ha sido el origen de muchas fortunas...

—Es cierto.

—¿Cuántos envíos de armas no llegan completos a destino? ¿Cuántas armas «se pierden», al cabo del año en nuestro país? —preguntó la rubia.

Y prosiguió:

—No creo que quieran matar a Mark Carroll porque les haya birlado un cliente de maquinaria agrícola.

Mientras Evelyne y yo cambiábamos impresiones, los guardaespaldas que habían estado uniformados de camareros, habían ido cambiando de ropa, de manera paulatina.

Y comenzaban a ocupar sus estratégicos lugares en la sala a la que habían acudido los invitados, y en la cual se debía llevar a cabo el pase de modelos.

En la parte reservada a los músicos, se hallaban ya la mayor parte de éstos; algunos estaban probando sus instrumentos o, simplemente, desenfundándolos.

Evelyne me dio un ligero codazo para advertirme la presencia de alguien.

Miré con discreción, y descubrí a Jack Prentice, el cual llevaba en su diestra un estuche. Me pareció que era el mismo que yo había registrado, cuando mi visita al departamento que ocupaba en el hotel.

Observé a Diane, la cual miraba hacia el recién llegado, siguiéndolo en su desplazamiento.

Prentice se producía con fría naturalidad. Y así llegó hasta el lugar en donde se hallaban los músicos, haciéndolo como si fuese uno de tantos.

Apenas llegó, dejó su estuche en el suelo.

Me fijé bien. Y me dispuse a actuar, porque había dejado el estuche al lado de otro que era exactamente igual al suyo.

Vi a los guardaespaldas de Carroll. Estaban pendientes de los movimientos de cualquier recién llegado. Y se habían fijado en Prentice.

Pero luego se habían despreocupado de él, tan pronto vieron que se situaba entre los demás músicos, y que éstos no parecían extrañarle.

Prentice seguía actuando con la máxima tranquilidad.

Y cuando se dio cuenta de que los guardaespaldas se habían despreocupado de él, tomó el estuche, no el que había traído, sino el que le estaba aguardando allí y, tras cambiar unas palabras con otro de los músicos, se alejó hacia uno de los laterales.

Evelyne se daba cuenta de toda la maniobra de Prentice, lo mismo que yo. Y me dio la sensación de que sus nervios estaban a punto de saltar.

La tranquilicé.

E inicié mi desplazamiento para seguir al supuesto músico.

Me detuvo, para preguntarme en tono bajo:

—¿Aviso a la policía?

—No podemos acusar a nadie, no sabemos nada aún... Cuida de ese otro músico que ha charlado con Prentice.

—Descuida...

Los guardaespaldas de Carroll se dieron cuenta de mi desplazamiento. Pero como me conocían, se despreocuparon de mí prontamente.

Antes de que Prentice se perdiese de mi vista, vi entrar en la sala a un nuevo personaje.

Se trataba de Arnold Martin, el hombre que había sido socio de Mark Carroll y, que tal vez en aquella ocasión, era su enemigo.

Era la segunda o tercera vez que le veía en mi vida. Aunque en algunas ocasiones había visto su fotografía en algún periódico o en alguna revista financiera.

Me detuve, a ver qué hacía Arnold.

El hombre cambió una mirada de entendimiento con Diane Crane. Y volvió sobre sus pasos.

Arnold no solamente había salido para dejarse ver de Diane, sino que, según pude apreciar, había querido asegurarse de la presencia en la sala de su rival.

En cuanto a los guardaespaldas de Carroll, pendientes de la puerta principal, ni siquiera se habían dado cuenta de la presencia del tal Arnold.

Por mi parte, debo confesar que la presencia de Arnold me había sorprendido, ya que el hombre no había estado presente en la cena.

Todo aquello era muy raro.

Seguí adelante, situándome de forma que podía seguir el desplazamiento de Prentice y el de Arnold Martin.

Y vi que éste entraba en una sala, por la cual deberían pasar las chicas que debían lucir los modelos en el desfile.

Y Prentice, como si todo aquello le fuese muy familiar, siguió para ir a buscar el lugar adecuado desde el cual poder disparar, primero, y desaparecer después.

Pero ¿qué pensaría hacer con el estuche en donde llevaba el arma? ¿Lo dejaría allí? ¿Tendría algún cómplice? Porque intentar huir con él, era, por demás, arriesgado.

Pensé en el músico que le había entrado el estuche, mientras él llevaba el del músico. ¿Sería éste consciente de que había entrado en el estuche el arma con la cual debían asesinar a un ser humano?

Miré hacia el músico. Había abierto el estuche que había traído Prentice; y en aquel momento, sacaba de él uno de los instrumentos que yo había visto en el hotel.

Miré, entonces, hacia Diane. Ella estaba pendiente de la acción del músico, y pareció satisfecha al comprobar que no había habido error.

Mark Carroll entonces, conversaba animadamente con una linda pelirroja, dándome la sensación de que se hallaba ajeno a toda la conspiración que se levantaba en torno a su persona para asesinarle.

CAPÍTULO XI

Se dejaron oír los primeros compases de mía música agradable, sin complicaciones, apta para que las chicas se moviesen graciosamente a su compás para mejor exhibir los modelos de alta costura.

E inmediatamente después, se inició el desfile, haciendo cesar el rumor de las conversaciones que, hasta entonces, había sido fuerte.

Miré a Evelyne. Parecía perpleja, insegura.

Al revés que Diane, que se mostraba tranquila y, aunque sin dejar de prestar una cierta atención a las modelos, había comenzado a deslizarse en dirección a la puerta por la que anteriormente había aparecido Arnold Martin.

Por su parte, la pelirroja que se hallaba con Mark Carroll, había tomado a su acompañante de la mano, y tiraba de él suavemente, pero con firmeza. Recibí la impresión de que era la encargada de llevar al ricachón al matadero.

Carroll se resistía discretamente a seguir a la chica.

Y ésta recurrió entonces a prometedoras y provocativas actitudes, por lo que Carroll comenzó a ceder.

Todo aquello era natural. Se conocía sobradamente que si Carroll, fuera de sus negocios, tenía algún punto flaco, era precisamente su excesiva afición a las mujeres.

Y la chica bien valía la pena, de no haber sido el cebo que le debía conducir a la muerte.

Pero esto era algo que él ignoraba.

Yo tenía tiempo aún; y me desentendí de ellos para deslizarme, dispuesto a volver a entrar en contacto visual con Prentice.

Y lo descubrí pronto. El asesino se había situado en un lugar en donde, prácticamente quedaba a cubierto, fuera de la vista, tras unas enormes macetas, con las correspondientes plantas de interior y los maceteros.

Era difícil descubrir al asesino, a menos que se supiera que debía estar por allí. Precisamente, lo que me sucedía a mí.

Parecía que quienes habían montado el asesinato, habían pensado en todos los detalles. Prentice dispondría allí de sitio donde esconder el arma y hasta el estuche.

Y la retirada, tras haber cometido el crimen, no le sería difícil.

Desde el lugar en que me situé, escondido a mi vez, vi cómo el asesino desenfundaba el arma, la montaba y luego ajustaba un silenciador al cañón de la misma.

Seguidamente, apuntó, sirviéndose de la mira telescópica. Y pareció satisfecho del resultado de la prueba.

Yo había visto bastante. Y me retiré discretamente, eligiendo otra puerta para mi salida. Precisaba que Prentice no me viese.

De nuevo en la sala en donde se llevaba a cabo el desfile de modelos, vi a dos chicas luciendo vaporosos trajes, cimbreado sus cuerpos al compás de la música.

Eran maestras en atraer sobre ellas las miradas de los reunidos. No solamente las de las mujeres interesadas por los trajes, sino las de los hombres, atraídos por lo que se adivinaba a través de los vaporosos tejidos.

Y los guardaespaldas de Carroll, al ver a su jefe bien acompañado, parecían desinteresados de él, entregados como estaban a la contemplación de las lindas chicas.

La acompañante de Carroll se mostraba insinuante; y había pasado al hombre un brazo por la cintura, dejándole sentir la atracción de su carne juvenil, el atractivo de su piel, cálida y perfumada.

Carroll cedía. Y ambos se hallaban ya próximos a la puerta hacia la que había apuntado Prentice con su arma.

No había tiempo que perder. Y me desplazé hábilmente, procurando no molestar, ni ser notado en mi desplazamiento.

Mirando de soslayo, vi a Diane Crane. Ella se deslizaba asimismo, por lo que pude deducir, en busca de un lugar que le permitiese ser testigo del asesinato de Carroll, como si quisiera asegurarse de que no se fallaba.

Evelyn no me había visto, a mi regreso. Y preocupada por las maniobras de Diane, se había decidido a seguir a ésta.

Me pareció una buena idea.

Por fin, salvé todos los obstáculos, y llegué hasta Carroll y su linda acompañante, en el momento en que ambos se disponían a desaparecer de la sala, por la puerta tras la cual aguardaba la muerte al millonario.

Pude adelantarme y situarme de forma que evité el desplazamiento que para Carroll podía resultar fatal.

—Buenas noches, señor Carroll...

El hombre pareció contrariado. Me miró con visible irritación; y dijo:

—¿Nos conocemos?

—Supongo. Digamos que soy una especie de estúpido, protector de su vida. A la otra parte le espera un asesino, con el arma dispuesta. Y esta linda pelirroja parece que tiene la misión de entregarlo.

Mi acusación sorprendió a la chica, que me miró con sus grandes ojos desmesuradamente abiertos.

En cuanto a Carroll, recibí la impresión de que mis palabras habían logrado despertarlo de aquella especie de sueño arrullado en que la pelirroja le había sumido con sus arrumacos.

La expresión iracunda del millonario fue cediendo; y me miró con interés y agradecimiento.

Y luego la ira se volvió contra la pelirroja, a la cual estuvo a punto de escupir en el rostro.

—Tranquilo... —aconsejé.

La chica estaba tensa, sin saber qué partido tomar. Aquello era inesperado para ella.

Porque si entraba por la puerta próxima, el asesino se pocha precipitar y fallar, convirtiéndola en víctima.

Entonces intentó zafarse por el lado contrario al que me hallaba yo, para huir en dirección al lugar en donde estaba la orquesta.

Luego, podía buscar la protección que le brindaría la sala que cobijaba a las modelos.

Sin embargo, no pudo huir ni dar la alarma. Me había adelantado a su acción, aferrándola por una de sus muñecas. Y amenacé:

—Silencio, preciosa. Puedo quebrarte como a un palillo de dientes. Hay juegos que resultan peligrosos y, si sabes perder, será mejor para ti.

Se producía todo de manera mesurada, silenciosa casi, sin que, fuera de nosotros, se diese cuenta nadie de lo que estaba sucediendo.

La expresión de Carroll se había tomado dura y, por un momento, pareció dispuesto a destrozar a la pelirroja, de un golpe.

Porque, aparte mis palabras, ella se había delatado, con su actitud.

—Sucia golfa... —dijo Carroll.

—Tranquilo... —repetí—. Tal vez sea ella la menos culpable. Es posible que la hayan acorralado, obligándola a aceptar este papel. Lo mismo que al músico que ha entrado el arma en la sala.

Carroll me miró con viva admiración. Y preguntó:

—¿También eso?

—Esa criminal organización que se lo quiere cargar, tiene experiencia y sabe hacer las cosas...

Diane había desaparecido. Se disponía a hacer Evelyne lo propio, pero me vio, y al cruzarse nuestras miradas, le hice comprender, con el gesto, que la necesitaba allí.

Y acudió, deslizándose entre la gente, disculpándose y sonriendo como si se dispusiese a salir a la pista.

Cuando llegó a nuestro lado, le dije:

—Vigila a la pelirroja. Si trata de escapar, no vaciles. Golpea duro. Y no pierdas de vista a nuestro músico. Sabes cuál es, ¿no?

—Perfectamente...

La pelirroja palideció intensamente y dijo:

—A él, déjenlo en paz. No tiene culpa alguna...

—Eso lo juzgaremos más tarde, muñeca. Pórtate bien, y podrás ser perdonada —dije.

Para entonces, ya los guardaespaldas de Carroll habían olisqueado que algo no funcionaba bien, y uno de ellos se desplazaba para acudir al lado de su amo.

Éste, decidido, me preguntó:

—¿Vamos por el asesino?

—Era mi idea, aunque no llevo armas. Debo sorprenderlo...

—Mis muchachos...

—Evitemos el ruido, Carroll...

—Tiene razón. ¿Vamos?

Dio una orden Carroll al pistolero que llegaba para que

protegiere a Evelyne y la obedeciese.

Y él se vino conmigo.

Por mi parte, retrocedí hasta la puerta que me había servido para acceder a la sala, la última vez. Y entré por ella, no sin antes recomendar a Carroll:

—Sitúese detrás de mí, y cuide de no hacer ruido.

—No se preocupe. He sido contrabandista —confesó.

Entramos uno tras otro, y nos acercamos al lugar desde el que yo había descubierto al asesino.

Prentice, avisado por un gesto de Diane, estaba allí, con su arma preparada.

Hice ver a Carroll que debía quedarse a pecho descubierto.

Me descubrió Diane cuando me faltaba poco para llegar, y avisó al matón, con un leve grito.

Diane, además, sacó una pistola de su bolso, dispuesta a tirar contra mí. Y Prentice, advertido por Diane, giró su arma, dispuesto a pulverizarme de un par de balazos.

Salté como un felino, con la cabeza y las manos por delante. No en vano era un buen deportista.

Y alcancé a Prentice antes de que el hombre pudiese disparar.

Caímos de manera violenta, y él perdió el arma en la caída.

Y me bastó un duro golpe con el canto de mi mano derecha, en su entrecejo, para dejarlo fuera de combate, con los ojos muy abiertos, como si fuese víctima de un ataque.

Me volví rápidamente, a la vez que saltaba de lado, tratando de esquivar un posible balazo de la pistola de Diane.

Mi movimiento resultó innecesario porque Mark Carroll había atacado a Diane Crane, y la había desarmado de un golpe.

Luego ella trataba de arañarle, y Carroll la puso fuera de combate de otro golpe, que la derribó sin sentido.

Nos miramos Carroll y yo. Y nos reunimos para estrecharnos las manos, de forma jovial, para celebrar nuestra victoria.

Entraron en la sala dos de los guardaespaldas de Carroll, y éste les ordenó, señalando a Diane y a Prentice:

—Haceos cargo de esos dos bichos. Los entregaremos a la policía. Y cuidado de no tocar las armas para que, si hay alguna huella en ellas, que no sean las vuestras.

Los dos guardaespaldas actuaron un tanto mecánicamente,

obedeciendo las órdenes de su jefe. Parecían avergonzados de que hubiera sido éste y un extraño quienes hubieran anulado el intento de asesinato.

Volví a dónde estaba Evelyne y me hice cargo de la pelirroja que debía arrastrar a Carroll al matadero.

—Vamos, preciosa. La policía nos espera.

Seguidamente, dije al guardaespaldas:

—No pierda de vista a aquel músico. Y tan pronto haya ocasión, lo atrapa y lo trae, pero sin ruido.

—Descuide... ¿Cómo está el patrón?

—Bien...

La pelirroja demostró que sabía perder. Y se dejó llevar, conducida por Evelyne y por mí.

Había sido avisada ya la policía, la cual no tardó en hacerse cargo de los tres detenidos. Y pasó a ocuparse también del músico, que se hallaba aún ajeno a lo que le esperaba.

Carroll dijo al policía que se había hecho cargo del asunto:

—Iré luego a concretar mi denuncia y a declarar...

—Está bien, señor Carroll. Le aguardaremos allí.

Estaba claro que el hombre infundía respeto, y que era considerado en la ciudad.

Solos ya Carroll, Evelyne y yo, dije al primero:

—¿Cómo se ha confiado de esa manera, después de mi aviso?

—Diane me aseguró que no había nada contra mí, que había sido todo un malentendido. Y según ella, ha preparado una entrevista entre Arnold Martin y yo para disipar toda duda y llegar a un acuerdo. Tanto que Arnold no puede tardar en llegar, según ella me ha asegurado.

—¿Es que no ha visto usted a Arnold?

—No...

—Pues está aquí, e incluso, en un momento dado, ha asomado a la sala de exhibiciones de modelos... Y cambió una seña con Diane Crane.

—¡No me diga...! —exclamó Carroll.

Vi que era sincero. Y proseguí informándole:

—Pues sí, ha estado en el hotel, y tal vez aún esté en él, aguardando a conocer el resultado de la actuación del asesino.

Carroll dijo entonces:

—Soy enemigo de la violencia, aunque usted no lo crea, amigo Shisley. Pero a ese fulano hay que machacarlo, ¿comprende?

—Pues no. No creo que haya que machacar a nadie —fue mi respuesta.

—No pienso que lo debe hacer usted, ni tampoco mis guardaespaldas. Es cosa de la justicia...

—En eso estamos de acuerdo.

—Pues vamos, ¿a qué aguarda?

Carroll tenía clase, sabía arrastrar a la gente. Y acepté acompañarle, tras cambiar una mirada de entendimiento con Evelyne, la cual se mostró dispuesta a seguirnos.

Seguimos ambos al resuelto Mark Carroll, el cual se dirigió a recepción. Sus guardaespaldas nos siguieron discretamente, dispuestos a protegernos.

Antes de llegar a recepción, fui yo quien descubrió a Arnold Martin en el momento en que salía del hotel, protegido a su vez por dos o tres guardaespaldas.

Temía que aquello podía ser la guerra, cuando señalé:

—¡Allí lo tenemos! ¡Se escapa!

Carroll se dirigió a sus guardaespaldas para ordenarles:

—No quiero disparos. Deberéis seguirme en vuestro coche...

Llegamos a la calle en el momento en que Arnold y sus hombres salían, disparados, en un potente automóvil.

Pasamos al coche blindado de Carroll, situándome yo al volante, mientras Evelyne iba al asiento trasero y Carroll se situaba a mi lado.

—¿Lleva armas? —preguntó.

—Ya ha visto que no...

—Cierto... Yo llevo...

Me encogí de hombros, como significándole que era algo que no me preocupaba. Aunque la verdad es que me habría gustado llevar una buena pistola, porque tenía la impresión de que nuestros enemigos no vacilarían en emplear sus armas, si se veían en peligro.

Se había iniciado la persecución, a una velocidad que resultaba suicida.

Evelyne no se atrevía a protestar; y en cuanto a Carroll, apenas iniciada la marcha, se dio cuenta de que se me podía dejar solo al volante.

La verdad es que, en ocasiones, eso de volar no era una figura retórica, sino que se ajustaba a la realidad. Volábamos, en los cambios acusados de rasante. Y otro tanto sucedía al coche que conducía a Arnold.

Y según pude comprobar, por el retrovisor, lo mismo ocurría con el auto en que nos seguían los «chicos» de Carroll.

La suerte nos acompañó, en nuestra rauda carrera. Afortunadamente, el tráfico era escaso a aquella hora, y quedó prácticamente en nada, a medida que fuimos dejando el casco urbano de la ciudad.

Así, y todo, tanto ellos como nosotros no chocamos en diversas ocasiones con otros vehículos, gracias a nuestra gran sangre fría... Y a la suerte, todo hay que decirlo.

Ya en la zona portuaria dedicada a la carga de mercancías para el extranjero, Arnold Martin dejó atrás los tinglados, y enfiló el morro de su automóvil en dirección a un solar, cercado, que hacía las veces de almacén.

La entrada al solar, de sólido acero, comenzó a abrirse, por control de ondas. Y Carroll, a mi lado, dijo:

—Se nos van a escapar...

—Me gustaría verlo... —fue mi respuesta.

Pasó el auto de Arnold la entrada por el espacio justo que se había abierto.

E inmediatamente de entrar el coche, la puerta comenzó a cerrarse.

Debía confiar en mi golpe de vista y en la reciedumbre de la carrocería del auto que pilotaba.

Pisé el acelerador a fondo, y enfilé la entrada, la cual había comenzado a cerrarse.

El auto dio la sensación de un caballo desbocado, hasta el punto de que pareció cobrar vida cuando se lanzó a la abertura, cada vez más estrecha.

Ambos lados de la carrocería entraron en fricción con las correspondientes partes de la puerta. Y a pesar de que prácticamente no fue poco más que un roce, la puerta se estremeció, mientras saltaban chispas.

Pero entramos, que era lo importante.

El coche de Arnold, que nos había precedido, intentaba frenar en

aquel instante. Un frenazo tan violento, que el hombre que iba al volante perdió el dominio del mismo.

El coche patinó de lado, se alzó de dos ruedas, y al fin fue a estrellarse de manera violenta contra el helicóptero que les aguardaba.

Sí, porque les aguardaba un helicóptero, cuyo motor había sido puesto en marcha.

El impacto resultó estremecedor hasta el punto de que el coche quedó empotrado debajo del helicóptero, el cual se dobló sobre él.

Gritaron los del helicóptero, los cuales habían sacado armas, dispuestos a tirar contra nosotros.

Yo maniobré, desviando nuestro coche para evitar que fuésemos a engrosar el montón de chatarra.

Y cuando ya los habíamos rebasado, pasando cerca de ellos, y me disponía a maniobrar para evitar la pared de fondo del solar, se produjo la explosión.

Realicé la maniobra, y fui capaz de frenar a cierta distancia. Lo hice con suavidad, sin perder un solo momento el control de nuestro vehículo.

El automóvil de Arnold Martin ardía.

Y no tardó en propagarse el incendio al helicóptero que, segundos después, hacía asimismo explosión.

Estaba claro que no podíamos hacer nada por nadie. Allí habían quedado atrapados todos. Y, de acuerdo con Carroll, decidimos que lo mejor era largarnos.

La puerta de entrada había quedado deteriorada, y los «chicos» de Carroll habían podido entrar, reuniéndose con nosotros.

—Pondré a la policía al corriente de lo sucedido. Y pienso que todo puede quedar mejor, si voy yo con mis muchachos —anunció Carroll.

Me alegré de que nos excluyera a la rubia y a mí.

Carroll me hizo ver que nos convenía cambiar de auto. Y me puse al volante del que habían traído sus «chicos», Situándose Evelynne a mi lado.

—Le estoy muy agradecido, Shisley. ¿Qué les parece si almorzamos mañana juntos? Les debo una explicación y, sentados, tras un buen almuerzo, va todo mejor —dijo el millonario.

Evelynne y yo aceptamos, encantados. Y fuimos los primeros en

abandonar el lugar final de la persecución.

Cuando llegamos al hotel, Evelyne, cansada, decidió quedarse en mi piso, en mi misma habitación. Me pareció de perlas, la verdad.

Nos levantamos próximo el mediodía. Y cuando alcanzamos el lugar de la cita, Carroll terminaba de llegar, también.

Almorzamos charlando de temas intrascendentes. Hasta que llegó la hora de la explicación.

Entonces Carroll nos informó de que la organización del crimen, que radicaba en Nueva York y estaba dirigida por un tal Bob Boulder, y de la que Diane Crane era pieza fundamental, había quedado deshecha.

—En cuanto a Arnold Martin —prosiguió—, se había asociado conmigo para aprovechar mi pasado, un tanto aventurero. Ya le dije que yo había hecho contrabando; pero eso había terminado para mí.

Señaló una corta pausa, antes de proseguir:

—Viento en popa mi negocio de exportación de maquinaria, con dos buques propios, Arnold se aprovechó para introducir armas entre los cargamentos de maquinaria. Armas, cuya procedencia, según me enteré luego, casi nunca era legal. Y lo peor: cuyos fines eran criminales, puesto que iban destinadas a terroristas y demás agentes de la violencia. Eso sí, no hacía discriminaciones, no le importaban los fines. Sólo quería negocio, dinero...

—Comprendo —dije—. Hasta que usted descubrió el juego.

—Exactamente. Entonces me embarqué y, una vez comprobados los informes que había recibido, hice arrojar al mar el cargamento de armas escondido entre la maquinaria. Aquello fue nuestra ruptura...

—Y su sentencia de muerte...

—Sí, porque le amenacé con denunciarle, y él sabía que yo no amenazaba en vano. Fingió resignarse, pero... Usted conoce ya lo demás...

Estaba claro.

Carroll fue generoso, tanto con Evelyne como conmigo. La verdad es que estábamos contentos porque, cuando salí para Nueva Orleans a evitar un asesinato, temí que iba a ayudar a un indeseable. Afortunadamente, fue así.

Ayudé al bueno. Y tuve mi recompensa, no solamente por parte

de Carroll, sino también por parte de Evelyne, con la cual pasé unas vacaciones inolvidables.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

